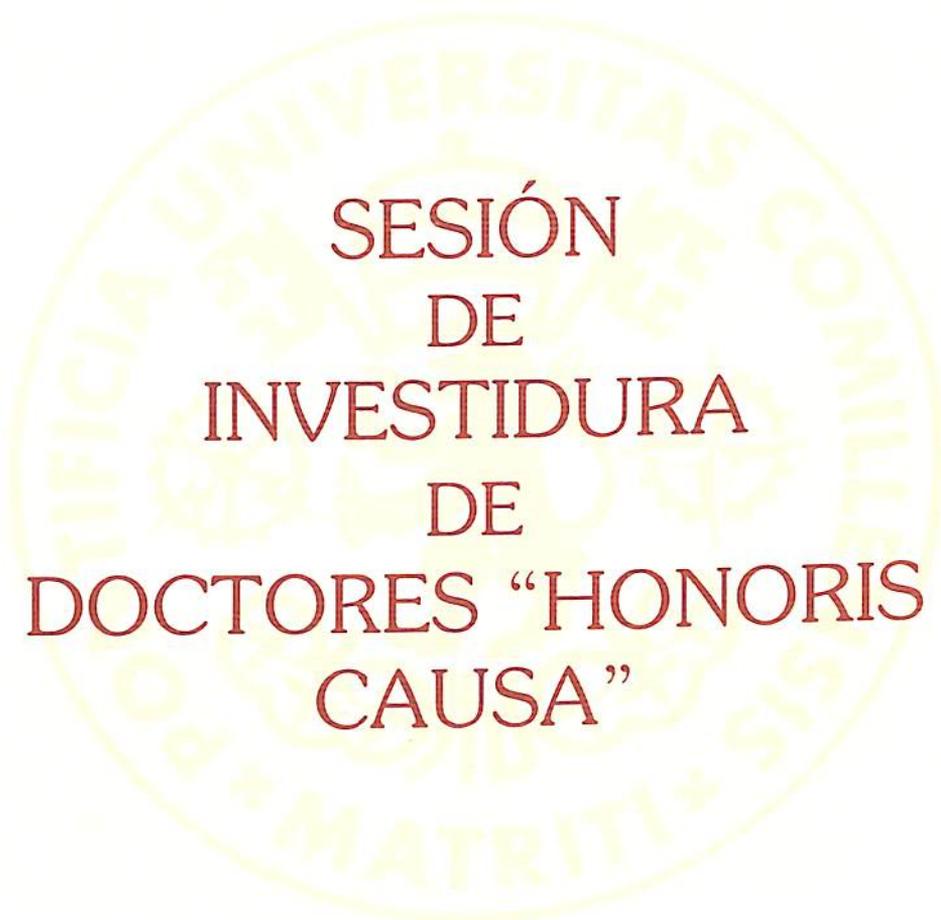


UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID



SESIÓN
DE
INVESTIDURA
DE
DOCTORES “HONORIS
CAUSA”

DE LOS EXCMOS. SRES.
DR. D. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO
Y
DR. D. JUAN VELARDE FUERTES

UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
MADRID

SESIÓN
DE INVESTIDURA
DE DOCTORES
“HONORIS CAUSA”

DE LOS EXCMOS. SRES.
DR. D. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO
Y
DR. D. JUAN VELARDE FUERTES

30 de abril de 1997

CEREMONIA DE INVESTIDURA
DE DOCTORES “HONORIS CAUSA”
DE LOS EXCMOS. SRES.
DR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO
Y
DR. D. JUAN VELARDE FUERTES

Con las debidas licencias

© UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID

ISBN: 84-89708-17-7.

Depósito Legal: BU-308. - 1997

Printed in Spain

Impreso en España

EDICIONES ALDECOA, S.L. • Pol. Ind. Villalonqu jar, C/. Condado de Treviño, s/n. • Naves C.A.M.
n.  21 y 43 • 09001 (Burgos)



1. Inicio

Presidente:

SEÑORES CLAUSTRALES, SENTAOS Y CUBRIOS.

2. Lectura del decreto

a) Presidente:

EL SEÑOR SECRETARIO GENERAL LEERA
LAS ACTAS DE NOMBRAMIENTO DE
DOCTOR "HONORIS CAUSA" POR LA
FACULTAD DE TEOLOGIA DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DEL
EXCMO. SR. DR. D. JOSE MARIA GARCIA
ESCUDERO Y DEL NOMBRAMIENTO DE
DOCTOR "HONORIS CAUSA" POR LA
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
Y EMPRESARIALES DEL
EXCMO. SR. DR. D. JUAN VELARDE FUERTES.

b) El Sr. Secretario lee las Actas.

3. Terminada la lectura, el Excmo. y Magfco. Sr. Rector dirá:

ALZAOS Y DESCUBRIOS.
SIRVASE EL SECRETARIO GENERAL

ACOMPañAR A LOS RECIPIENDARIOS
QUE VAN A SER INVESTIDOS
DOCTOR "HONORIS CAUSA".

El claustro, puesto en pie, recibe al Secretario General, Doctorandos y sus Padrinos. El Secretario General les acompaña hasta los sitios que se les han reservado.

4. Investidura del Doctorado

a) Presidente:

SE VA A PROCEDER A LA SOLEMNE
INVESTIDURA DE DOCTOR DEL
EXCMO. SR. DR. D. JOSE MARIA GARCIA
ESCUDERO,
EL PROFESOR DR. JUAN MARIA LABOA
TIENE LA PALABRA PARA HACER
LA PRESENTACION DEL DOCTORANDO.

b) Elogio del doctorando por el Prof. Laboa Gallego, que terminará así:

ASI PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS
TODOS ESTOS HECHOS, DIGNISIMAS
AUTORIDADES CLAUSTRALES, SOLICITO CON
TODA CONSIDERACION Y ENCARECIDAMENTE
RUEGO QUE SE OTORGUE Y CONFIERA AL
EXCMO. SR. DR. D. JOSE MARIA GARCIA
ESCUDERO
EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR "HONORIS
CAUSA" POR LA FACULTAD DE TEOLOGIA DE
LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
DE MADRID.

a') Presidente:

SE VA A PROCEDER TAMBIEN A LA SOLEMNE
INVESTIDURA DE DOCTOR DEL
EXCMO. SR. DR. D. JUAN VELARDE FUERTES;
EL PROFESOR DR. FRANCISCO GOMEZ

CAMACHO TIENE LA PALABRA PARA HACER LA PRESENTACION DEL DOCTORANDO.

- b') Elogio del doctorando por el Prof. Gómez Camacho, que terminará así:

ASI PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS TODOS ESTOS HECHOS, DIGNISIMAS AUTORIDADES CLAUSTRALES, SOLICITO CON TODA CONSIDERACION Y ENCARECIDAMENTE RUEGO QUE SE OTORQUE Y CONFIERA AL EXCMO. SR. DR. D. JUAN VELARDE FUERTES EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR "HONORIS CAUSA" POR LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS.

Todos los asistentes se ponen de pie. (El Padrino Dr. Laboa Gallego acompaña al Dr. García Escudero a la Presidencia).

- c) Rector:
POR LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS, A PROPUESTA DE LA FACULTAD DE TEOLOGIA, Y EN ATENCION A VUESTROS RELEVANTES MERITOS, HABEIS SIDO NOMBRADO DOCTOR "HONORIS CAUSA". EN VIRTUD DE LA AUTORIDAD QUE ME ESTA CONFERIDA, OS OTORGO EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR EN TEOLOGIA Y OS ENTREGO DICHO TITULO (entrega el título).
- d) Rector: entregando el libro de la ciencia al Dr. D. José María García Escudero:

RECIBID EL LIBRO DE LA SABIDURIA Y DE LA LEY DE DIOS. CONSERVADLO COMO SIMBOLO DE CUANTO TENEIS QUE APRENDER Y ENSEÑAR Y COMO TESTIMONIO DE QUE,

POR MAS GRANDE QUE SEA VUESTRO SABER,
HAY QUE NUTRIRLO SIEMPRE CON LA
MEDITACION DE LA PALABRA DE DIOS,
EL EJEMPLO DE LOS VIEJOS MAESTROS Y
LAS CONQUISTAS DE LOS NUEVOS,
A FIN DE QUE SEAN BASE PARA
VUESTROS PROPIOS HALLAZGOS.

e) Rector imponiendo el anillo:

DR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO,
OS ADMITO E INCORPORO AL COLEGIO
DE DOCTORES DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
CON TODOS LOS DERECHOS Y OBLIGACIONES
QUE TIENEN LOS DEMAS DOCTORES
DE ESTA UNIVERSIDAD.

f) Rector entregando los guantes:

RECIBID LOS GUANTES BLANCOS, COMO
SIMBOLO DE LA FORTALEZA QUE
VUESTRAS MANOS HAN DE CONSERVAR,
Y TAMBIEN COMO SIGNO DE
VUESTRA ALTISIMA DIGNIDAD.

g) Rector sosteniendo el birrete:

RECIBID EL BIRRETE COMO SIGNO DE
VUESTRA DIGNIDAD Y SIMBOLO DEL
MAGISTERIO QUE ESTAIS LLAMADOS A
IMPARTIR A FIN DE QUE VUESTRA SABIDURIA
SEA PROVECHOSA PARA MUCHOS.

Imposición del birrete al Dr. García Escudero.

h) Doctorando (Dr. García Escudero)

ACEPTO EL GRADO DE DOCTOR QUE ME
CONFERIS Y PROMETO DEDICAR MIS
ESFUERZOS

AL SERVICIO DE LA VERDAD EN
COMUNION CON QUIENES AQUI ENSEÑAIS
Y APRENDEIS EN NOMBRE DE LA IGLESIA.

i) Rector:

PORQUE OS HABEIS INCORPORADO A
ESTA UNIVERSIDAD, RECIBID AHORA,
EN NOMBRE DEL CLAUSTRO,
EL ABRAZO DE FRATERNIDAD
DE LOS QUE SE HONRAN Y CONGRATULAN
DE SER VUESTROS COMPAÑEROS.

(Se retira a su asiento, acompañado del Padrino).

(El Padrino Dr. Gómez Camacho acompaña al Dr.
Velarde a la Presidencia).

c') Rector:

POR LA JUNTA DE GOBIERNO DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS,
A PROPUESTA DE LA FACULTAD DE
CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES
Y EN ATENCION A VUESTROS RELEVANTES
MERITOS, HABEIS SIDO NOMBRADO
DOCTOR "HONORIS CAUSA". EN VIRTUD
DE LA AUTORIDAD QUE ME ESTA CONFERIDA,
OS OTORGO EL GRADO DE DOCTOR EN
CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES
Y OS ENTREGO DICHO TITULO (entrega el título).

d') Rector: entregando el libro de la ciencia al Dr. Juan
Velarde:

RECIBID EL LIBRO DE LA SABIDURIA Y DE LA
LEY DE DIOS, CONSERVADLO COMO SIMBOLO
DE CUANTO TENEIS QUE APRENDER Y
ENSEÑAR
Y COMO TESTIMONIO DE QUE, POR MAS
GRANDE QUE SEA VUESTRO SABER, HAYA QUE

NUTRIRLO SIEMPRE CON LA MEDITACION DE LA PALABRA DE DIOS, EL EJEMPLO DE LOS VIEJOS MAESTROS Y LAS CONQUISTAS DE LOS NUEVOS, A FIN DE QUE SEAN BASE PARA VUESTROS PROPIOS HALLAZGOS, FUNDAMENTO DE VUESTRAS ENSEÑANZAS Y ESTIMULO PARA PERPETUARLOS EN VUESTROS DISCIPULOS.

e') Rector imponiendo el anillo:

DR. D. JUAN VELARDE FUERTES, OS ADMITO E INCORPORO AL COLEGIO DE DOCTORES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS CON TODOS LOS DERECHOS Y OBLIGACIONES QUE TIENEN LOS DEMAS DOCTORES DE ESTA UNIVERSIDAD.

f') Rector entregando los guantes:

RECIBID LOS GUANTES BLANCOS, COMO SIMBOLO DE LA FORTALEZA QUE VUESTRAS MANOS HAN DE CONSERVAR Y TAMBIEN COMO SIGNO DE VUESTRA ALTISIMA DIGNIDAD.

g') Rector sosteniendo el birrete:

RECIBID EL BIRRETE COMO SIGNO DE VUESTRA DIGNIDAD Y SIMBOLO DEL MAGISTERIO QUE ESTAIS LLAMADOS A IMPARTIR A FIN DE QUE VUESTRA SABIDURIA SEA PROVECHOSA PARA MUCHOS.

Imposición del birrete al Dr. Velarde Fuertes.

h') Doctorando (Dr. Velarde Fuertes):

ACEPTO EL GRADO DE DOCTOR QUE ME CONFERIS Y PROMETO DEDICAR MIS

ESFUERZOS AL SERVICIO DE LA VERDAD EN
COMUNION CON QUIENES AQUI ENSEÑAIS Y
APRENDEIS EN NOMBRE DE LA IGLESIA.

i) Rector:

PORQUE OS HABEIS INCORPORADO
A ESTA UNIVERSIDAD,
RECIBID AHORA, EN NOMBRE DEL CLAUSTRO,
EL ABRAZO DE FRATERNIDAD
DE LOS QUE SE HONRAN Y CONGRATULAN
DE SER VUESTROS COMPAÑEROS.

(Se retira a su asiento, acompañado del Padrino).

5. Lección doctoral

a) El Padrino, Prof. Laboa Gallego conduce al Dr. José María García Escudero a la cátedra.

Los asistentes se sientan.

b) **Presidente:**

TIENE LA PALABRA EL EXCMO. SR. DR.
D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO
PARA PRONUNCIAR SU LECCION DOCTORAL.

c) Lección doctoral: “El Otro Reino de Dios”.

a') El Padrino Prof. Gómez Camacho conduce al Dr. Velarde Fuertes a la cátedra.

b') **Presidente:**

TIENE LA PALABRA EL EXCMO. SR. DR. D. JUAN
VELARDE FUERTES
PARA PRONUNCIAR SU LECCION DOCTORAL.

c') Lección doctoral: “El secular debate...”

6. Entrega de la Medalla de la Universidad

Presidente:

SE VA A PROCEDER A LA ENTREGA
DE LA MEDALLA DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
A LOS NUEVOS DOCTORES.
EL SEÑOR SECRETARIO GENERAL LEERA LAS
ACTAS DE CONCESION DE AMBAS MEDALLAS.

Secretario: lee las actas.

Los Padrinos acompañan a sus patrocinados para recibir
las medallas.

7. Despedida.

a) Presidente:

TIENE LA PALABRA
EL MAGNIFICO Y EXCELENTISIMO
SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD,
PROF. DR. MANUEL GALLEGO DIAZ.

b) Palabras del Rector.

c) Presidente:

SE LEVANTA LA SESION

Canto del "Gaudeamus igitur".

EL RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

conforme a la propuesta formulada por la facultad de Teología,
y en virtud del acuerdo adoptado por la Junta de Gobierno de esta
Universidad,
en su sesión del día 28 de octubre de 1996,

en atención a los méritos que concurren en

DON JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO

le confiere el Grado de

DOCTOR HONORIS CAUSA

por la Universidad Pontificia Comillas

Madrid, a 30 de abril de 1997

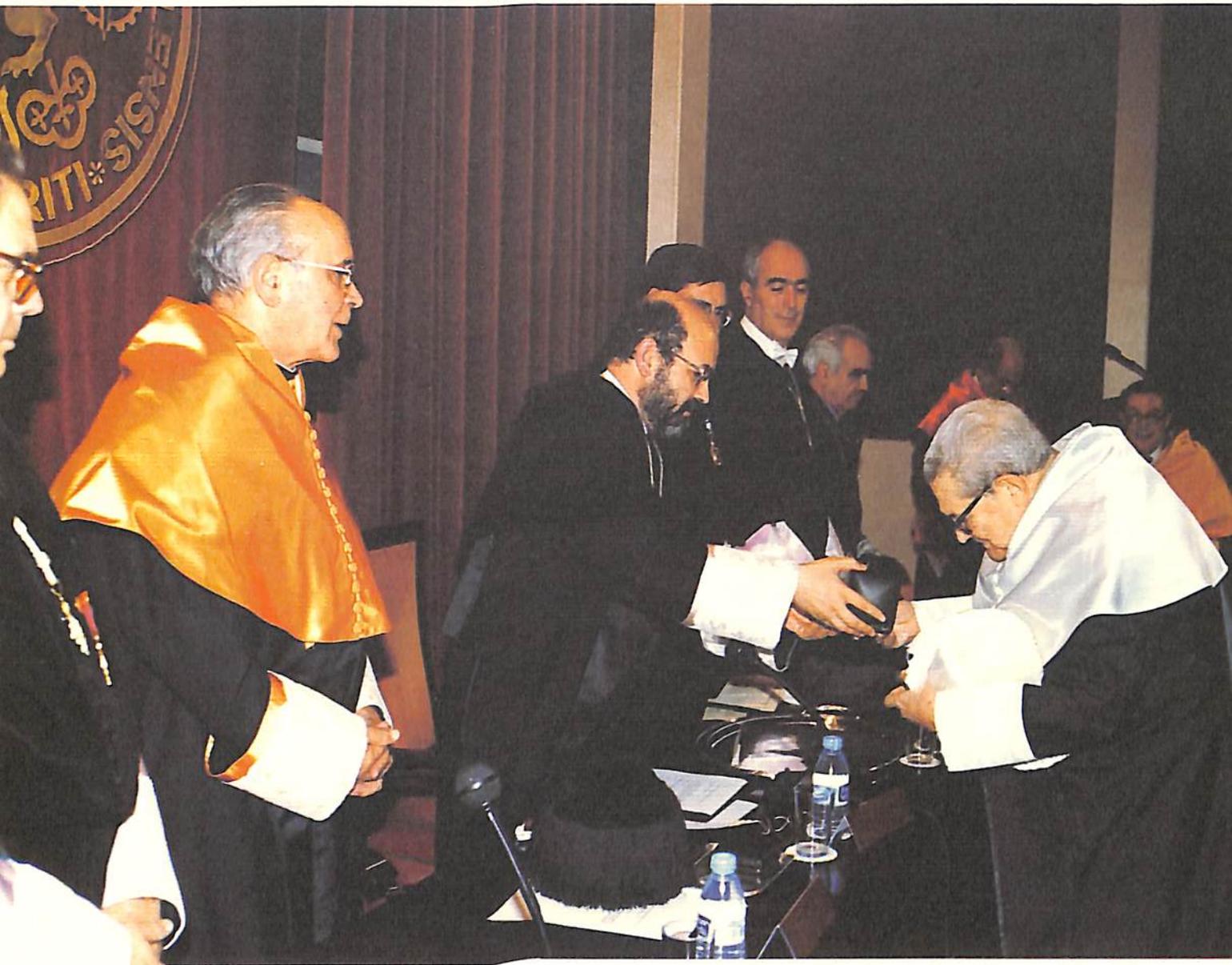
El Rector,

El Secretario General,

Manuel Gallero Díaz

Javier María Berriatua San Sebastián





EL RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

conforme a la propuesta formulada por la facultad de Ciencias
Económicas y Empresariales

y en virtud del acuerdo adoptado por la Junta de Gobierno de esta
Universidad,

en su sesión del día 28 de octubre de 1996,

en atención a los méritos que concurren en

DON JUAN VELARDE FUERTES

le confiere el Grado de

DOCTOR HONORIS CAUSA

por la Universidad Pontificia Comillas

Madrid, a 30 de abril de 1997

El Rector,

El Secretario General,

Manuel Gallero Díaz

Javier María Berriatua San Sebastián



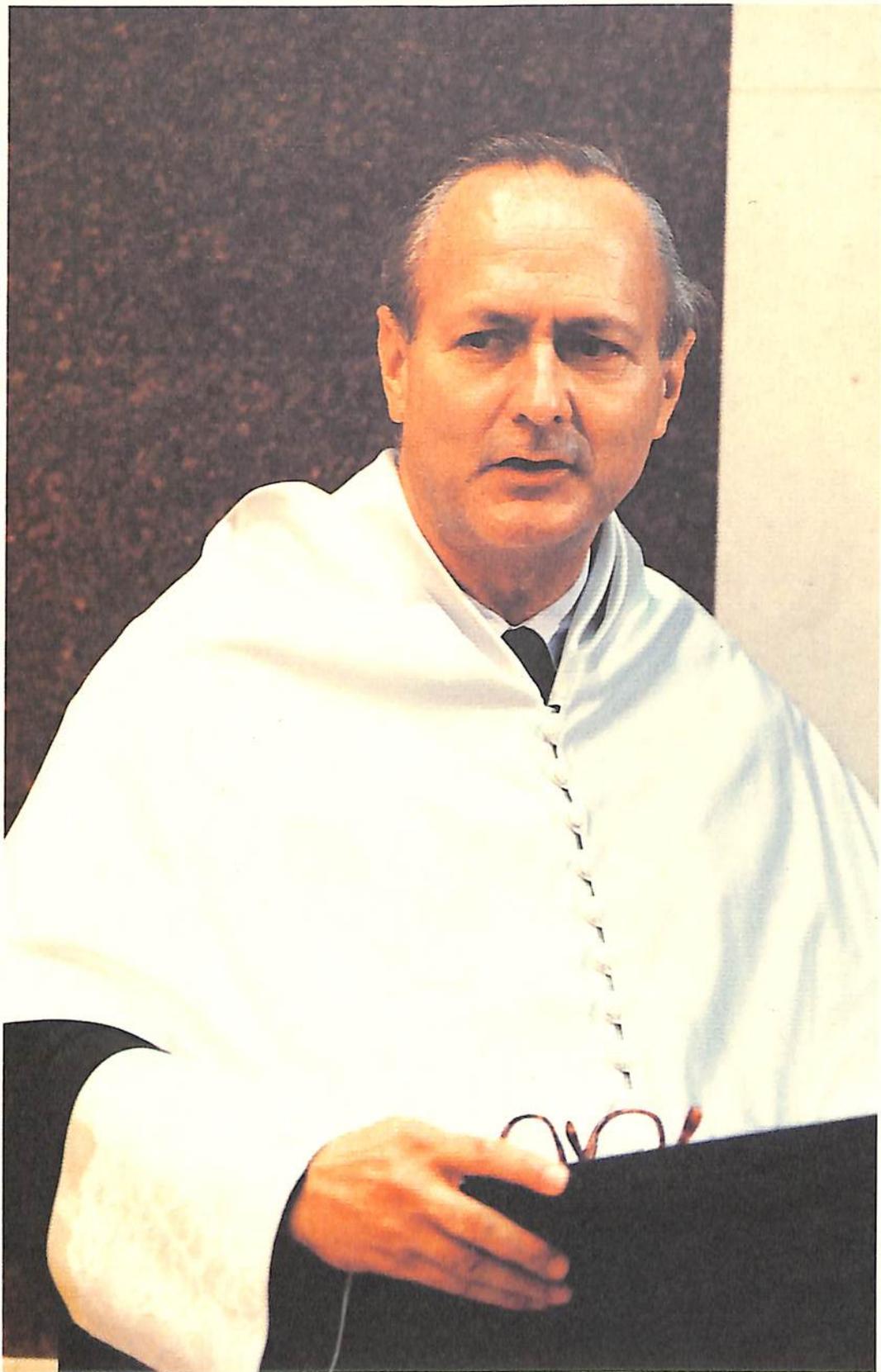


ELOGIO DEL EXCMO. SR. DR.
D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

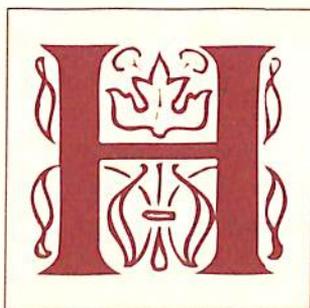
por el

PROF. DR. JUAN MARIA LABOA GALLEGO





Reverendísimo P. Vice-Gran Canciller de la
Universidad.
Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector.
Dignísimas Autoridades Académicas de nuestra Uni-
versidad y de otras Universidades que nos habéis
querido acompañar en este acto.
Claustales.
Alumnas y alumnos.
Señoras y Señores.



ace diez años esta Universidad decidió crear la cátedra Cristianos en la Vida Pública “en coherencia con la enseñanza del Magisterio Eclesiástico sobre la presencia de los católicos en la vida pública y con los fines de la Universidad Pontificia Comillas”, según reza el artículo primero de sus Estatutos.

La razón de esta decisión no era únicamente el espléndido documento publicado por la Conferencia Episcopal con este mismo título, sino, sobre todo, el convencimiento de que en, una España plural y crecientemente secularizada, resultaba todavía más penosa y negativa la tradicional ausencia de tejido

asociativo y, más todavía, la penuria de laicos bien formados y comprometidos con la fundamentación y el desarrollo de la sociedad.

Durante siglos, la Iglesia española ocupó, incluso con prepotencia, el espacio social existente. Durante los últimos treinta años hemos experimentado, por el contrario, la sensación de que esta Iglesia había abandonado o había sido expulsada de ese espacio, arrinconada en una sacristía inhóspita, incapaz de articular una presencia activa y creativa propia de ciudadanos y de cristianos comprometidos con su fe y con su patria. Somos conscientes de cuán necesaria ha sido y de cómo sigue siendo urgente una reflexión serena y aguda sobre un pasado no tan lejano y un presente en permanente transformación.

En otro sentido, quiero recordar que entre las especialidades que ofrece nuestra Facultad de Teología en su bienio de Licenciatura está la de Historia de la Iglesia, con una especial atención y aplicación a la Iglesia española. No se trata ciertamente de una expresión de campanilismo provinciano, sino del convencimiento de la importancia que el cristianismo y la institución eclesial han tenido en la conformación y manifestación de la historia y la personalidad española. En los dos últimos siglos se ha escrito y se ha hablado mucho sobre las dos Españas, y en casi todos los análisis el tema religioso constituía un factor determinante de estancamiento y retraso, de división y enfrentamiento.

Resultaba urgente la presentación rigurosa y convincente de este tema desde todas sus vertientes y horizontes. Hay que ser objetivos, pero no masoquistas; se debe presentar la verdad, pero toda la verdad. Nos acompañan hoy varios ilustres historiadores que han trabajado seriamente en este sentido. García Escudero ha empañado su vida en ello.

No han sido muchos los doctorados "honoris causa" concedidos por nuestra Facultad: Karl Rahner, el Cardenal D. Vicente Enrique y Tarancón y el P. Luis Alonso Schökel. Pensando en estos nombres, resulta espontánea la conclusión de

que los tres responden a un talante y una forma de presencia y acción eclesial que consideramos expresa bien nuestra intención y nuestros deseos: trabajaron por una teología, una Iglesia, una exégesis más exigente, más abierta, más receptiva, más dialogante. Nos abrieron horizontes, elaboraron una teología menos formal y más sustantiva, nos alejaron de posturas enquistadas, favorecieron un pensamiento y una acción más acordes con la sensibilidad del hombre contemporáneo. Buscaron la independencia eclesial con relación a otros poderes y la comunión intraeclesial, en un momento en que era fácil ser atraídos y enfeudarse en ideologías y opciones atrayentes y contradictorias.

Poco antes de morir, en una entrevista, el Cardenal Tarancón describía a García Escudero: “Es un cristiano coherente y, a veces, como es natural, crítico. Obsesionado por el diálogo fe-cultura. Que se ha esforzado continuamente para que la Iglesia no perdiese el tren de la historia”. Seguramente podríamos aplicar estas palabras con la misma propiedad a cuantos han recibido este doctorado en esta Facultad. También en esta preocupación se encuentran hermanados.

Creo que en estos cuatro rasgos que acabo de apuntar he señalado las causas por las que la Facultad de Teología de la Universidad Comillas confiere el doctorado “honoris causa” a D. José María García Escudero: se trata de un cristiano que, a lo largo de este siglo, ha permanecido activamente presente en la sociedad y en la Iglesia española con sus escritos y con su palabra, con su acción y su reflexión, planteando incansablemente y ofreciendo, desde la meditación histórica y desde el comentario certero de los textos de la Doctrina Social eclesial, pautas de solución a la gran cuestión de la presencia pública de la Iglesia y de su identidad religiosa en una sociedad tejida de poder humano.

José María García Escudero nació en Madrid, estudió derecho, participó en la guerra civil, es jurista y notario, ha enseñado en la Universidad, ha escrito miles de artículos periodísticos y no pocos libros de historia, de actualidad, de reflexión; trabajó en distintos momentos en la Administración del Esta-

do, fue fecundo agente de modernización y apertura en el cine español, y en un momento difícil de la renovada democracia española, fue nombrado juez instructor de lo sucedido en el 23 -F. En esta vida variopinta en intereses y saberes destaca su cristianismo vivido y pensado. D. José María es creyente, y esa fe se ha traducido en opciones, ideas, interpretaciones, experiencias, propuestas y sugerencias que han enriquecido el talante del catolicismo español y, de manera especial, su fluctuante y, a menudo, difícil diálogo con la cultura contemporánea.

Desde su paso por la Escuela de periodismo de El Debate, en los primeros años treinta, García Escudero ha sido un impenitente escritor de artículos y editoriales en algunos de los principales periódicos nacionales. En sus columnas habituales o en sus artículos circunstanciales ha dialogado con la política y la cultura, la institución eclesial y los cristianos. Cincuenta años constituyen un período excepcional para analizar la evolución de un escritor. El nuestro ha evolucionado, ciertamente, al compás del Concilio Vaticano II, pero resulta sorprendente constatar desde el hoy la permanente coherencia de su talante abierto y dialogante en un ambiente tan cerrado e intolerante como el que predominaba en aquellos años; de su comprensión matizada de opiniones y conductas en una sociedad a menudo provincianamente dogmática y enquistada; de su indisimulada simpatía y contribución hacia la “autocrítica religiosa” o “preocupación religiosa” de José Luis López Aranguren, de Pedro Laín, de Pérez Lozano, de José María de Llanos, de Lamberto de Echeverría, de José M^a Javierre y algunos otros, en un tiempo en el que estas opiniones y contribuciones suscitaban ciertamente más recelos que adhesiones. Todo ello desde la más pura ortodoxia doctrinal y teológica.

José María García Escudero no ha sido político ni clérigo ni teólogo, pero sus análisis políticos, tanto en la actualidad inmediata de los centenares de editoriales del periódico YA o en el agudo análisis histórico de personales y sucesos de la historia española; sus introspecciones eclesiales, desde el respeto sumiso aunque libre de un laico tradicional, y sus meditaciones de doctrinas y sentimientos religiosos de autores e institucio-

nes, han encauzado y enriquecido la reflexión de generaciones de españoles y cristianos. En *El credo que ha dado sentido a mi vida*, descubrimos la hondura de su fe y la fundamentación de su doctrina. Pero considero que es en sus escritos diarios, en ese permanente descubrimiento de la realidad cotidiana del ayer y del hoy, donde ofrece gota a gota la fundamentación doctrinal de las razones de su fe y de su humanismo.

En una página de su obra comenta que “la autocrítica nos sirvió para separar la fe religiosa de lo que funciona como un sucedáneo de religiosidad”. Desde mi punto de vista, ésta ha sido una de sus importantes aportaciones al catolicismo español y a su diálogo con una cultura que, a menudo, no digería ni distinguía ni soportaba tal acumulación de sucedáneos, que se ofrecían en nuestro país a modo de contrabando. *Catolicismo de fronteras adentro*, *El pensamiento de Angel Herrera*, *La vida cultural*, *El escándalo del cristianismo*, y tantos otros escritos suyos tienen esta finalidad. En realidad, desde nuestra perspectiva, García Escudero puede representar por méritos propios cuanto han significado en nuestra historia reciente ALFÉREZ, SIGNO, INCUNABLE, EL CIERVO, ESTRÍA, PATMOS, BAC y otras pocas revistas y editoriales que nos trajeron autores, ideas y obras de otras comunidades eclesiales, y favorecieron el examen y la reflexión en la nuestra.

¿Cómo podríamos comprender los inicios del cambio y los intentos de renovación que comenzaron a producirse en la comunidad creyente española años antes de la celebración del Concilio, antesala y explicación de su entusiasta recepción en nuestro país, si no conocemos y reconocemos tanto esfuerzo creativo, capaz de romper inercias, de abrir cauces nuevos, de encauzar tan grandes energías, tanto en el clero como en un laicado que, antes de estrellarse en la crisis de la Acción Católica, fue capaz de tantas ideas como generosidad en el mundo intelectual y en el sindical?

Todos ellos, personas e instituciones, se esforzaron en ayudar a la Iglesia en su esfuerzo por conseguir una presencia más fuerte y más eficaz del Evangelio en el corazón de las culturas. García Escudero asumió plenamente la actitud que podemos llamar “herreriana”, la que inició y mantuvo Angel Herrera

Oria, primero como seglar y luego como cardenal. Él tuvo el acierto de abrir el cristianismo a la modernidad. Él rompió el aislamiento que la Iglesia había mantenido en nuestra patria, cuando en Europa ya fluían otras corrientes poderosas de apertura a lo nuevo. D. José María, en su diaria docencia periodística y en sus libros, que han abordado todos los temas candentes de las sucesivas actualidades, ha sido un auténtico pionero en este sentido. Y ha hecho su labor con una inteligencia, una seriedad y honradez que ha merecido el respeto de todos y la gratitud de muchos creyentes.

En este campo de la culturas, a D. José María García Escudero le tocó favorecer y encauzar el mundo del cine desde su cargo de Director General del Cine y Teatro, en aquellos años en los que creatividad y censura andaban a la greña, en los que, a menudo, la Iglesia española, enfundada en su estrecha moral, consideraba el cine como un peligro próximo de pecado. En diciembre de 1951 afirmó en una conferencia en la Universidad Pontificia de Salamanca, que “los beneficios de la censura se perciben enseguida y sus perjuicios sólo a la larga; con la libertad sucede al revés: produce males inmediatos, que el tiempo transforma, en buena medida, en bienes”. Una vez más, estas palabras manifiestan el talante de D. José María, amparado y fundamentado en el conocimiento de nuestra historia, talante que busca tender puentes y abrir horizontes. Sus discursos de apertura, en las sucesivas Semanas de Cine Religioso y Valores Humanos de Valladolid, reflejan también el programa y la doctrina que sustentaban este talante, talante que inspiró sus fecundos años al frente del teatro y del arte cinematográfico nacional.

En 1984 comentaba el cardenal D. Vicente Enrique y Tarancón: “a García Escudero se le recuerda hoy mucho como cineasta o juez militar instructor del sumario del 23-F, pero muy poco como uno de los primeros católicos que trataron de abrir puertas, de dialogar”. En realidad, uno llevaba a lo otro: su capacidad de diálogo, de equilibrio y firmeza, explica su política cinéfila y, también, su elección y actuación en el conocido juicio. Pero esto lo vemos y lo afirmamos hoy. En aquellos años, este talante sólo desembocaba en la dimisión o en el cese, según se mire.

Por esto afirma el mismo D. José María en una explicación de su vida: “tanto que el precio que se suele pagar por pretensiones como la mía es la soledad”. A pesar de esto, o tal vez por esto, su obra más importante será la historia política de las dos Españas, uno de los intentos más serios de comprender nuestra historia, sus actores y motivaciones, de individuar causas y efectos, de proponer salidas a un desarrollo histórico nada entusiasmante. El talante se manifiesta también en una determinación sobrecogedora: su hermano Jaime, jesuita, celebra su primera misa por sus padres y la segunda por los asesinos de su padre. José María le ayuda en ambas. Tendremos que esperar a la celebración de la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes de 1971, para encontrarnos con una actitud comunitaria semejante y, aun entonces, recibida con enorme reticencia.

“La historia política de las dos Españas tiene mucho de confesión, afirma D. José María; y para nosotros constituye un raro espécimen de autocrítica rigurosa, no masoquista, que nos enfrenta con las pasiones e ignorancias, la intolerancia y la soberbia de un pueblo, que es el nuestro, y con los pecados de omisión y comisión de una Iglesia en la que vivimos y estamos. Se trata de un agudo y vigoroso análisis de cuatro problemas presentes y no siempre bien resueltos en nuestro país: el social, el regional, el militar y el eclesiástico. A lo largo de su reflexión se encuentra la pregunta que más tarde ha constituido la gran inquietud, no siempre comprendida, de la Iglesia española: ¿cuándo y cómo seremos hombres de conciliación?

En la introducción a esta magna obra, García Escudero se pregunta si “las dos Españas, ¿no las lleva dentro de sí cada español como un reto para que las integre? Ese complementario que Machado nos enseña a ver en el contrario, ¿no está ya dentro de cada uno de nosotros?”. Y en una obra posterior, *A vueltas con las dos Españas*, termina invitando a los católicos españoles a que vean en la conciliación el nombre actual de su modo de ser cristianos, a la vez que el de redimirse de un pasado en el que “demasiadas veces preferimos ser cruzados a ser apóstoles”.

Si embargo, nunca ha comprendido García Escudero este espíritu de conciliación al modo de un acomodaticio o de medias tintas. Como juez del 23-F, operó “sobre un organismo en carne viva y sin anestesia”. Lo mismo podría decirse de sus diagnósticos sobre el catolicismo y el ser español, y de las propuestas que ofrece como salida a tantos problemas mal planteados y a tantas situaciones injustas o desconcertantes existentes.

Los españoles de la conciliación constituye el complemento de esta obra y su necesario horizonte de optimismo, al abordar y diseñar tantos testigos de nuestra historia que elaboraron los mimbres necesarios para una convivencia pacífica y creadora. Esta historia de los españoles tolerantes no es ni pretende ser la contraposición a la de los heterodoxos, pero sí aporta una animosa brisa de esperanza y convivencia.

Esta actitud no sólo no desvirtúa el valor científico de su obra, sino que, por el contrario, la enriquece y complementa. No sólo huye en todo momento de posturas previas que pueden falsear la realidad, sino que se introduce en la psicología profunda de los diversos personajes y acaba por comprenderlos, de tal manera que su historia se convierte, al mismo tiempo, en iluminante filosofía de la historia. Luis Alonso Schökel publicó en 1954 la *Pedagogía de la comprensión*. García Escudero, a lo largo de miles de páginas, ejercita esta comprensión creadora que redime, reconduce y espolea, de la realidad nacional, de sus personajes y de su pueblo, de la jerarquía eclesiástica y de los creyentes.

Esta obra es la sinfonía-síntesis de toda una vida, la vida de José María García Escudero, vida de intelectual cristiano, de pensador creyente, de pedagogo humanista, de iniciador a la vida pública de numerosas generaciones, de periodista leído y escuchado, de catequeta de tantos ambientes. En todas estas presencias ha contribuido significativamente a purificar y modernizar el catolicismo español y a democratizar y hacer más tolerante y fraterna la sociedad española.

“Construir es siempre obra de amor”, afirma Bernanos. En la extensa obra de José María García Escudero no he encontrado ni asomo de afán destructivo, negativo, vengativo. Inclu-

so la crítica resulta presupuesto para una propuesta constructiva. Si aceptamos que el estilo es el hombre, podemos afirmar que el talante que brilla en su obra y en su actuación manifiesta su textura moral e intelectual. En este sentido, el doctorado en teología representa, no sólo el reconocimiento a una vida, sino, sobre todo, la traducción académica de un magisterio prolongado, reconocido y aceptado.

ASI PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS TODOS ESTOS HECHOS, DIGNISIMAS AUTORIDADES Y CLAUSTRALES, SOLICITO CON TODA CONSIDERACION Y ENCARECIDAMENTE RUEGO QUE SE OTORGUE Y CONFIERA AL EXCMO. SR. D. JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO EL SUPREMO GRADO DE DOCTOR "HONORIS CAUSA" POR LA FACULTAD DE TEOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS DE MADRID.

EL OTRO REINO DE DIOS

Lección Doctoral
del

EXCMO SR. DR. D. JOSE MARIA GARCIA
ESCUADERO





Reverendísimo Padre Vice-Gran Canciller de la
Universidad.
Excelentísimo y Magnífico Señor Rector.
Dignísimas autoridades académicas de nuestra Uni-
versidad y de otras Universidades que nos habéis
querido acompañar en este acto.
Claustales.
Alumnas y alumnos.
Señoras, Señores.



reguntaba yo a mi presentador que cuál po-
dría ser el tema de mi intervención en este
acto y me contestó indicándome de qué no
debía hablar. Voy, pues, a obedecerle; así
que le dejo la total responsabilidad de sus
elogios para limitarme a expresar mi pro-
funda gratitud, que se une a la que me vin-
cula a esta Universidad, por una distinción que tan por enci-
ma está de mis méritos y que sólo el afecto que la ha
motivado impide que sea para mi abrumadora.
Y paso a hablar de un tema que, a pesar de la prohibición de
ocuparme de mí, tiene mucho de autobiográfico, hasta tal
punto viene dominando mis reflexiones, pero también, según

pienso, y por eso lo he traído aquí, es objeto de una atención muy generalizada.

Perspectivas de la nueva evangelización

No es, sin embargo, tema que haya aparecido en mis libros más que difuminado y al fondo.

Lo que en ellos ocupa el primer plano son la preguntas sobre el mundo que viene y la preocupación por el futuro de una Iglesia que podría verse reducida a la situación que Karl Rahner, en los últimos años de su vida, caracterizaba como de “invernada”, muy parecida a la de los cristianos durante los tres primeros siglos¹. Claro es que no se trata de un pronóstico infalible, pero debe inducirnos a la reflexión el que ni siquiera un temperamento tan irreductible al desaliento como el de Juan Pablo II deseche esa posibilidad cuando, en su libro *Cruzando el umbral de la esperanza*, recuerda el texto evangélico en el que Jesús se pregunta si el Hijo del Hombre, cuando vuelva, encontrará fe sobre la tierra (Lc 18, 8). Y por grande que sea el éxito de la nueva evangelización a que el Papa nos estimula, ¿podremos razonablemente esperar que consiga lo que la Iglesia no ha logrado en dos mil años de historia y que no sigan siendo infinidad aquellos a los que el mensaje de Cristo no llega o en los que no arraigue?²

La cuestión que aquí me planteo es precisamente la de esos que quedan al otro lado.

El problema de los no cristianos

No es problema nuevo. “Veo –escribe Rahner– miles y miles de hombres a mi alrededor, veo culturas enteras, épocas de la historia antes y después de mí, que son explícitamente no cristianas”³. Estas palabras figuran al frente del volumen quin-

¹ En la obra de P. IMHOF - H. BIALLOWONS, *La fe en tiempo de invierno*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1989, p.7.

² JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994, p.116.

³ KARL RAHNER, “Sobre la posibilidad de la fe”, en: *Escritos de Teología*, V, Madrid, Taurus, 1964, p.17.

to de sus *Escritos de Teología*, cuya versión española apareció en 1964. Pero desde entonces, ¿qué no podremos añadir, y en primer lugar respecto de nuestro país, que por aquellos años todavía se jactaba de ser, y hasta podía parecer, una excepción en el desolador panorama mundial? De aquel cristianismo triunfante ¿qué es lo que queda? Cada día que pasamos sentimos más aislados en un mundo al que la fe le resulta extraña y nuestro lenguaje ininteligible. Por entonces publiqué un libro, que se titulaba *La frontera está delante de casa*⁴. Pero la frontera, ya, no está sólo delante, separándonos de aquellos, vecinos, conocidos, amigos, con quienes convivimos, a los que tratamos y frecuentemente respetamos como mejores que nosotros, sino que pasa por dentro de los hogares como una sutil muralla entre los que incluso están unidos por la misma sangre. No se trata, pues, de una cuestión dormida en los tratados de teología, sino de una cuestión viva, que nos golpea el rostro como un desafío a nuestra comprensión y nos aprieta el corazón como un reto a nuestra sensibilidad. Y nos preguntamos qué debemos pensar, qué podemos contestar.

Si se nos argumenta que esta situación es el fruto de la libertad, nos escandalizamos. No porque neguemos el valor de la libertad como el don más precioso –y terrible– del hombre, sino porque la respuesta no vale para los miles de millones a quienes nuestro mensaje no llegó nunca ni llegará, y porque nos consta cuántas veces se ofrece –lo ofrecemos– desfigurado, cuántas son las dificultades para admitirlo y cómo, ¡en tantas ocasiones!, las circunstancias sociales oprimen a los individuos hasta convertir sus decisiones en meras réplicas automáticas a su ambiente.

La explicación de la libertad no nos tranquiliza; menos aún la de Jean Guitton admirando la paciencia de un Dios que, hasta que se produjo su encarnación, permitió que se sucedieran “tantos siglos vacíos”. Pero, ¿ha podido Dios abandonar así el mundo que amorosamente creó y mantiene? ¿Podemos admitir que lo humano sea sólo materia para una evangelización que se hizo esperar durante siglos y cuyos frutos han sido y seguramente seguirán siendo tan limitados?⁵ Nos refugiamos en la es-

⁴ J. M. GARCÍA ESCUDERO, *La frontera está delante de casa*, Madrid, Euramérica, 1962.

⁵ JEAN GUITTON. *Cristo desgarrado*, Madrid, Cristiandad, 1965, p.148.

peranza. Péguy citaba las parábolas de la esperanza: “las más cercanas al corazón del hombre y las más queridas por los hombres”, y es que, entre todas, estas parábolas “son jóvenes, frescas como niñas, no gastadas ni envejecidas”⁶.

Pero querríamos algo más.

Es el problema del que voy a hablar ahora.

No pretendo decir nada nuevo, y el poco tiempo disponible me impide hacer siquiera la presentación de un tema tan antiguo como el cristianismo y cuya bibliografía es copiosísima, aun prescindiendo de las obras especializadas, para limitarnos a las que se pueden encontrar en la biblioteca de un cristiano razonablemente interesado por su fe. Mi único propósito es dejar constancia de la vigencia que, hoy más que nunca, tiene el problema, y también de la medida en que la solución que le demos puede influir en la eficacia de esa evangelización que debe ser la principal empresa cristiana en el siglo que viene. Mi intervención no va a ser –no podría haber sido en ningún caso– la lección de un teólogo, sino sencillamente la preocupación de un cristiano.

II

“Extra Ecclesiam nulla salus”

La respuesta que durante siglos ha dado la Iglesia al problema expuesto no ha podido ser, en apariencia al menos, más dura; se trata del principio “extra Ecclesiam nulla salus”, y digo en apariencia, porque no faltaron exégetas para relativizarlo y, consiguientemente, humanizarlo, incluso en la formulación de Fulgencio de Ruspe, recogida en 1442 por el Concilio de Florencia. Pero el hecho es que esa formulación fue la comúnmente aceptada y en su inhumana literalidad. El otro hecho, consolador, es que la relativización del principio, admitiendo la salvación de los que con ignorancia invencible, y por tanto sin culpa, están fuera de la Iglesia, acabó prevaleciendo como doctrina común enseñada y aplicada por la San-

⁶ Citado por J. L. MARTÍN DESCALZO, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, II, Salamanca, Sígueme, p.270.

ta Sede, hasta desembocar en las declaraciones del segundo Concilio Vaticano sobre los que “entre sombras e imágenes buscan al Dios de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta”, todos los cuales pueden lograr la salvación “en la forma que sólo Dios conoce” y “por los caminos que Él sabe”⁷.

Esta conclusión contiene, sin embargo, dos nuevos problemas: el primero es el de los que no buscan a Dios, sino que incluso lo niegan; el segundo es cómo conciliar la doctrina expuesta con el principio de que fuera de la Iglesia no hay salvación.

La salvación de los ateos

Creo que el intento más importante, anterior, coetáneo y posterior al Concilio, para encontrar una solución al primer problema es el de Karl Rahner. Sobradamente conocido por los teólogos y, fuera de ellos, como una de las grandes figuras intelectuales de nuestro tiempo, su referencia es inevitable; lo hago, además, como modesto homenaje a alguien a quien tantos cristianos debemos tanto, así como a la Compañía de Jesús a la que él pertenecía y, como él, tantos nombres ilustres en los que ha buscado y encontrado siempre luz.

La clave de la solución de Rahner está en tres conceptos: el que llama “existencial sobrenatural”, la gracia divina y la forma en que el ateo puede tener un conocimiento implícito de la divinidad.

Define Rahner el primero como “la permanente orientación [del hombre] hacia la visión beatífica”; “última estructura del hombre, de la que no puede prescindir”, que le encamina “hacia lo ilimitado y lo indefinible”, hacia lo infinito, “hacia lo que no tiene nombre, ni se puede comprender”. Tengo que limitarme a señalar la relación del concepto con la religión con Dios que Xavier Zubiri presenta como fundamento de toda realidad, que por eso se impone a cualquier hombre, creyente, agnóstico o ateo, aunque éstos retrocedan a la hora de

⁷ Lumen Gentium, 16; Gaudium et Spes, 22; Ad gentes, 7.

poner el nombre de Dios. Cuando Zubiri afirma que el problema de Dios pertenece “constitutivamente” a la persona de cada hombre, es inevitable el recuerdo de Rahner, a quien Zubiri dedicó la parte final de su obra *El hombre y Dios*. Otros dos españoles, Olegario González de Cardedal y Pedro Laín Entralgo hablan también, el primero del hombre como ser que “anhela infinitamente más de lo que por sí mismo puede conseguir”, y el segundo de la necesidad de creer; por eso “no es que [el ateo] no crea en la existencia de Dios; es que cree que no existe Dios”; lo cual explica la sensación que tantos conversos han experimentado de que Dios estaba ya en ellos. También el padre Carlos Valverde se refiere al Dios que podemos encontrar en el fondo de nuestra propia realidad⁸.

El segundo concepto es el de la gracia sobrenatural que todo hombre necesita, de la que procede también el “existencial” mencionado; Rahner la menciona en seguida para despejar cualquier sospecha de pelagianismo.

En tercer lugar está el modo como Dios se manifiesta en la que Rahner llama “densidad humana” y otro gran teólogo contemporáneo de Rahner, el dominico Yves Congar llama palabras “con mayúscula”, para referirse a aquellas expresivas de conceptos que, al comprometer absolutamente a la persona, la ponen en relación con el absoluto por excelencia⁹; y eso (vuelvo a citar a Rahner), aunque los hombres piensen que no conocen a Dios, “porque no son capaces de concordar el nombre tradicional (lleno de taras históricas y subjetivas) con lo inefable que ellos han alcanzado en la decisión moralmente espiritual de su existencia”¹⁰. Pero ¿qué mejor ilustración que el conocido y siempre impresionante texto del Evangelio de San Mateo, donde el Señor salva no a los que le confesaron explícitamente, sino a quienes, cuando tuvo hambre le dieron de

⁸ KARL RAHNER, “Sobre la relación entre la naturaleza y la gracia”, *Escritos de Teología*, I, Madrid, Taurus, 1959, p.330; *Experiencia del Espíritu*, Madrid, Narcea, 1977, p.34-35; XAVIER ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Madrid, Alianza Ed.-Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1984, p.110, 259, 371; OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la Esperanza*, Salamanca, Sigueme, 1995, p.17; PEDRO LAÍN ENTRALGO, *Crear, esperar, amar*, Madrid, Círculo de Lectores - Galaxia de Gutenberg, 1993, p.127; CARLOS VALVERDE, “Dios no es absolutamente otro”, *Alfa y Omega*, Madrid, n.º 50, 21-XII-1996, p.26.

⁹ YVES GONGAR, “Vaste monde, ma paroisse. Vérité et dimensions du salut”, *Témoignage chrétien*, 1966, p.142.

¹⁰ KARL RAHNER, “Régard chrétien sur la culture moderne”, en: *Mission et grâce. Au service des hommes*, París, Mame, 1965, p.231.

comer, y de beber cuando tuvo sed, y le acogieron y le vistieron, porque en el prójimo hambriento, sediento y necesitado estaba Él? Se trata del juicio “aparentemente ateo”, como lo llama Rahner, pero que abre las puertas del cielo a quienes ni aun se plantearon si el cielo existía, pero cuyos actos los arrastran irresistiblemente hacia él, como a su centro real¹¹. Es lo que alguna vez me animó a replicar a la pregunta ¿cree usted en Dios? con esta otra: ¿cree Dios en el hombre? Porque esto es lo que pasa: que Dios cree en los hombres y hasta tal punto que no aun les exige que le amen explícitamente, porque sabe que, quien de veras ama acabará descubriendo que está amando a Dios.

Pero a todo esto ¿dónde están los ateos? La llamada “post-modernidad” ha sido caracterizada como “post-atea”. No hay negación, sino el agnosticismo del que cree que “el hombre sólo debe hacerse preguntas a que científica, filosófica o técnicamente sea capaz de responder”¹², lo cual es ya una creencia; “a su modo –dice Laín–, pero [el agnóstico] cree”¹³. Cree que no debe resolver. Nada se diga del indiferente que ni siquiera se plantea la cuestión. Pues bien: si para el ateo vale lo expuesto sobre su salvación, ¿cómo no aplicarlo a los agnósticos y a los indiferentes!

La conciliación de los dos principios

La conciliación entre el “fuera de la Iglesia no hay salvación” y la salvación fuera de la Iglesia está lograda desde el momento en que se excluye del primer principio a los inculpables; pero ¿no será posible un concepto de la Iglesia que permita extenderla incluso hasta aquéllos que aparecen fuera de ella?

Nunca como ahora pesa sobre mí la imposibilidad material de exponer, ni siquiera someramente, un debate con cuya

¹¹ KARL RAHNER, “El cristiano y sus parientes descreídos”, *Escritos de Teología*, III, Madrid, Taurus, 1961, p.404; “Por qué y cómo podemos venerar a los santos”, *Escritos de Teología*, VII, Madrid, Taurus, 1967, p.323.

¹² BERNARD GROTH, “Del monólogo al diálogo con los no creyentes o la difícil búsqueda de interlocutores”, en: RENÉ LATOURELLE (ed.), *Vaticano II. Balance y perspectivas*, Salamanca, Sígueme, 1989, p.959.

¹³ PEDRO LAÍN ENTRALGO, *Obr. cit.*, p.131-132.

complejidad han medido sus fuerzas los teólogos más reputados en torno a los conceptos de voto implícito o bautismo de deseo, Cuerpo místico de Cristo, pueblo y reino de Dios, incorporación plena o mera ordenación a la Iglesia y anticipación de ésta o simple prefiguración, conceptos todos ellos sobre cuya utilización tampoco hay uniformidad de criterio ni en los documentos pontificios ni en los conciliares, aunque en cada caso sepamos perfectamente de qué se trata y qué se quiere decir. Me limitaré a recoger el texto en el que el hoy cardenal Ratzinger exponía la situación hace treinta años, en los siguientes términos: “la cuestión primera no es ya la salvación eterna de los otros, cuya posibilidad en principio es cierta sin discusión posible; el problema realmente capital es cómo haya de entenderse, ante una certidumbre que no puede rechazarse, la pretensión absoluta de la Iglesia y su fe”¹⁴.

Esta situación no debe extrañar, si recordamos el tiempo que, por ejemplo, se ha tardado en encontrar una fórmula de conciliación plenamente satisfactoria entre los dos principios de libertad religiosa y derechos de la verdad, que para un cristiano reside en la Iglesia de Cristo. Como observa Juan María Laboa, “las cosas mejores sobre la libertad religiosa fueron dichas en el siglo XVI ..., aunque no fueron puestas en práctica hasta el siglo XIX”¹⁵, ni –se podría añadir– la Iglesia encontró una fórmula convincente hasta mediados del siglo XX, en el segundo Concilio Vaticano. Pero mientras dé con la fórmula que hace treinta años echaba de menos Ratzinger para el problema que aquí nos ocupa, la reflexión que su búsqueda ha provocado debe ayudarnos para que nos situemos correctamente ante la segunda cuestión: la evangelización de esos “otros”, en los que, por supuesto, actúa la gracia divina sin necesidad de los cristianos, pero de quienes los cristianos no podemos ni debemos desinteresarnos.

¹⁴ JOSEPH RATZINGER, “¿Fuera de la Iglesia no hay salvación?”, en: *El pueblo de Dios*, Barcelona, Herder, 1972, p.156.

¹⁵ JUAN MARÍA LABOA, *La larga marcha de la Iglesia*, Madrid, Atenas 1985, p.258.

III

El libro del mundo

Partimos de este hecho: la existencia de un número incontable de seres humanos en los que, no obstante encontrarse fuera de los límites visibles de la Iglesia, está actuando la gracia divina, pero no sólo de manera individualizada y ajena al mundo en que viven, sino por medio de este mundo y de las verdades que les ofrece: los “elementos de santificación” que el Concilio ha reconocido como “destello de aquella verdad que ilumina a todos los hombres” y permite poner, junto al libro de la revelación bíblica, “una historia de la llamada revelación natural de Dios en el mundo y a través de él”¹⁶.

Me ahorraré testimonios con referirme a la monumental obra *Literatura del siglo XX y cristianismo*, de Charles Moeller. La mayoría de los que desfilan por ella son agnósticos; no faltan los ateos declarados; y sin embargo, ¡qué profunda lección cristiana se desprende de sus vidas y de su obra, tanto en los momentos de plenitud como en los de hundimiento y abyección! Sólo hace falta zambullirse en las profundidades de la sabiduría para encontrar las perlas que sacará a la superficie.

Son –cito a Moeller– “parcelas de bondad que se entreveran en toda vida”; “la semilla divina sembrada en nosotros [y que] germina por sí misma sin que lo sepamos”; “el espectáculo de un mundo que desautoriza a los que piensan que está abandonado por Dios cuando, por el contrario, está habitado por Dios”. “No juzguéis a la humanidad que aparentemente ha matado a Dios –advierte Moeller–; ha sido salvada por Dios. No juzguéis el fracaso de Dios ...; el poder y la gloria de Dios están ahí presentes”. Aunque sus huellas sean tan leves, “la gracia de Dios nos baña por todas partes, a la manera del aire que respiramos, de la luz que vemos y que no notamos, a fuerza de vivir de ella constantemente”. Los que tantas veces aparecen como alejados son, en el fondo, “almas trabajadas

¹⁶ Lumen Gentium, 8; Ad gentes, 2. KARL RAHNER, *Curso fundamental de la fe*, Barcelona, Herder, 1979, p.180.

por la necesidad de Dios”¹⁷. ¡Y cuántas veces no están más cerca de ese Dios al que no conocen o niegan que los que alardeamos de nuestra familiaridad con Él!

Se trata, como dice entre nosotros Juan Martín Velasco, de reproducir en lo posible “esa mirada contemplativa de la divinidad en sus criaturas que pone de manifiesto la última verdad que late en todas ellas, que desvela su verdadero ser, que patentiza la riqueza y la belleza ocultas a los ojos superficiales y que devuelve todo, expresado y modelado por la voz humana, a la fuente de la que procede”¹⁸.

Es lo que también ha hecho con amor Olegario González de Cardedal en su último libro *Cuatro poetas desde la otra ladera*¹⁹.

Pero aquí surge la dificultad: lo dicho ¿no entraña la pérdida del espíritu de evangelización? Von Balthasar recoge la réplica del cristiano al que se pide que evangelice: “¿cómo también sin esto se llega!”²⁰. Es la preocupación de Ratzinger –el Ratzinger ya prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe–: “algunos han comenzado a preguntarse: ¿para qué inquietar a los no cristianos reconduciéndolos al bautismo y a la fe en Cristo, si su religión es su camino de salvación?”²¹.

Ante el reproche que entrañaba la dificultad expuesta, Rahner reaccionó duramente, calificándolo de “estúpido”; pero no por eso deja de ser una realidad a la que debemos acudir con algo más que descalificaciones²².

¹⁷ CHARLES MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Madrid, Gredos, t. I, 1955, p. 399, 403, 409; t. II, 1955, p.266; t. V, 1975, p.174.

¹⁸ JUAN MARTÍN VELASCO, *La experiencia cristiana de Dios*, Madrid, Trotta, 1995, p.108.

¹⁹ OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDENAL, *Cuatro poetas desde la otra ladera. Unamuno, Jean Paul, Machado, Oscar Wilde*, Madrid, Trotta, 1996.

²⁰ HANS URS VON BALTHASAR, *Puntos centrales de la fe*, Madrid, BAC, 1985, p.102.

²¹ CARDENAL RATZINGER - VITTORIO MESSORI, *Informe sobre la fe*, Madrid, BAC, 1985, p.220.

²² KARL RAHNER, “Los cristianos anónimos”, *Escritos de Teología*, VI, 1969, p.542.

Las razones de la evangelización

Todos los valores que es justo reconocer en el mundo no suprimen la necesidad de evangelizarlo por dos razones.

La primera es el lado sombrío del mundo. El padre Carlos Valverde muestra, en su último libro ²³, cómo a la suficiencia de la modernidad ha sucedido la confesión de fracaso de la postmodernidad. Y hablar de fracaso es poco, si consideramos lo que representan los falsos ídolos del poder, del sexo, de la violencia, de las drogas o del consenso social a favor del aborto. O los tristes sucedáneos contra la crudeza del positivismo, que van, desde la exhumación de cultos y religiones precristianas, al descenso hasta las supersticiones más abyectas y el irracionalismo total. El cardenal Suquía ha presentado al hombre contemporáneo como a un hombre perdido: “casi un niño asustadizo que se refugia tras las máscaras, porque teme encontrarse con la verdad” ²⁴. Las perlas que se descubren en ese mundo brillan más porque destacan sobre el fondo sombrío.

La segunda razón para la evangelización es la superioridad de la respuesta que los cristianos podemos ofrecer. Pero, a la larga, ¿acaso hay otra respuesta que ésa? Por importantes y numerosas que sean “las verdades” del mundo, no son “la verdad”: la revelación hecha en la historia por el propio Dios en la persona del Hijo. De ahí la pequeñez y opacidad de tantas vidas, su falta de sentido, porque esa revelación no las ilumina y agranda. Creer que al cabo se les revelará ese sentido, puede servir (en eso Ratzinger tiene razón) para que sepamos “respetar a nuestros hermanos y no atacarles los nervios con continuos intentos y sermones de conversión”; lo que se ha llamado “respetar la libertad de Dios” y yo diría imitar su paciencia o limitarnos a estar “disponibles”, sin proselitismos extemporáneos; pero no puede justificar la falsa prudencia con que otras veces nos reservamos nuestro mensaje, alegando nuestra firme confianza en la posibilidad de salvación fuera de la Iglesia visible. Proceder de esta manera es tan cruel como lo sería impedir que recobre la voz el

²³ CARLOS VALVERDE, *Génesis, estructura y crisis de la modernidad*, Madrid, BAC, 1996, p.329, 331.

²⁴ CARDENAL ANGEL SUQUÍA, “Homilía del 12-III-1988, en: *Obras y escritos pastorales*, Arzobispado de Madrid, 1994, IV, 1(1994), p.747-748.

que le ha perdido, o la vista el ciego, alegando que el mudo y el ciego se las arreglan sin sin hablar y sin ver²⁵.

Cómo evangelizar

Si de lo expuesto se deduce que hay que evangelizar, también se desprende cómo hay que hacerlo.

Digamos que desechando la idea del mundo como un encerado en el que no hay nada escrito para aceptar la realidad de un encerado lleno de trazos y de signos que nosotros debemos completar para darles plenitud de sentido. Pueden ser solamente preguntas; pero sucede que, sin conocer esas preguntas, nunca podremos ofrecer las respuestas eficaces.

Fue así como San Pablo se presentó ante los ciudadanos atenienses, cuando contemplando un altar levantado al “dios desconocido”, les anunció “a Aquél a quien veneráis sin conocerlo” (Hech 17, 22-31). Fue así como procedió la Iglesia. El altar cristiano es católico –dice José Mascaraque en su libro *Tras las huellas perdidas de lo sagrado*–, porque “en él no sólo están cristificados los altares judíos que lo prefiguraron, sino también los altares paganos de las muchas religiones que el cristianismo ha evangelizado”²⁶. Si el procedimiento se abandonó después, su recuperación es lo que llamamos “inculturación”, que no debe referirse exclusivamente a las religiones ancestrales o exóticas, sino a la misma cultura en la que vivimos y a la que debemos dirigirnos “desde dentro”. Para decir las cosas “como las cosas mismas interiormente nunca creyeron ser”, según palabras de Rilke²⁷, o, según Laín, para dar razón mejor que el otro de sus propias razones²⁸. Sólo que ésta puede ser arma de dos filos, si no sabemos utilizarla, como vamos a ver.

²⁵ CARDENAL JOSEF RATZINGER, “Los nuevos paganos y la Iglesia”, en: *El nuevo pueblo de Dios*, p. 366; JEAN-FRANÇOIS SIX, “Preparación sacerdotal para un mundo ateo”, en: *El ateísmo contemporáneo*, IV, Madrid, Cristiandad, 1971, p.585.

²⁶ JOSÉ MASCARAQUE, *Tras las huellas perdidas de lo sagrado*, Madrid, Verbum, 1996, p.153.

²⁷ “Novena Elegía”, en: KARL RAHNER, “sacerdote y poeta”, *Escritos de Teología*, III, p.335.

²⁸ PEDRO LAÍN ENTRALGO en la entrega de los premios “Bravo” de la Conferencia Episcopal Española, el 11-VI- 1996.

Los cristianos “anónimos”

Partiendo de las ideas expuestas sobre la salvación de los que no pertenecen visiblemente a la Iglesia, Rahner acuñó la expresión de “cristianos anónimos”, como también se ha referido a “un mundo cristiano que se ignora a sí mismo”. Con la primera expresión, su tesis ha alcanzado la máxima difusión, pero también las más acerbas críticas²⁹.

Veamos la de Hans Küng: “la entrada de las masas no cristianas en la Santa Iglesia Romana, ¿acaso no se realiza única y exclusivamente en la cabeza del teólogo? ... En ninguna parte del mundo se encontrará un judío, musulmán o ateo que no tome como insolencia la afirmación de que es un cristiano anónimo”³⁰. Rahner ha quitado importancia al empleo de la expresión, aconsejando incluso que se prescindiera de ella en el diálogo con los no cristianos. Es la explicación de que yo prefiera hablar del Reino de Dios. Pero ¿acaso no puede suscitar éstas reacciones análogas? El mero hecho de que nos preocupe la salvación eterna de los que no se preocupan en absoluto de ella puede ser percibido como una intromisión intolerable. Y sin embargo, ¿podemos los cristianos no preocuparnos? Distinto es que, como antes dije, podamos anteponer la disponibilidad humilde y la espera de que nos llamen, al proselitismo impertinente, y que escojamos las expresiones menos hirientes, haciendo constar que al utilizarlas no nos arrogamos ninguna superioridad, que en lo humano cedemos gustosamente e incluso en lo sobrenatural no nos corresponde, sino a Aquél que se vale de nosotros como instrumentos, y reconociendo incluso cómo en este campo de lo sobrenatural es mucho lo que podemos aprender de los que no comparten nuestra fe. Decía Lacordaire: “no pretendo obligar a mi adversario a que reconozca sus errores, sino que busco unirme a él en el conocimiento de una verdad más alta”³¹.

²⁹ Referencias a “cristianos anónimos” en KARL RAHNER: “El cristianismo y las religiones no cristianas”, *Escritos de Teología*, -v, p. 155; “Advertencias dogmáticas marginales sobre la piedad eclesial”, *Ibid.*, p.394, 397; “Sobre la veracidad”, *Escritos de Teología*, VII, p.270, y muchos más textos. La cita del “mundo cristiano”, en: “Ebauche d'une théologie du livre”, *Mission et grâce. Au service des hommes*, p.228.

³⁰ HANS KÜNG, *Ser cristiano*, Madrid, Cristiandad, 1977, p.117-118.

³¹ Citado por JEAN GUITTON, *Jésus*, Paris, Grasset, 1956, p.8.

Cristianos en la frontera

Hace pocas semanas, monseñor Rouco Varela destacaba la transcendencia del cambio estructural de la Iglesia que ha seguido al Concilio y ha significado pasar de una Iglesia estática (el “pecado de inmovilismo” que mencionaba el arzobispo) a otra Iglesia más fiel a su naturaleza sacramental de signo de Dios en el mundo; una Iglesia sin duda más reducida en sus efectivos nominales, pero más rica en sentido misional. Esto es positivo y consolador ante la inmensa tarea que nos espera, pequeña grey en la frontera de un mundo inmenso, donde animosamente nos proponemos entrar. Debe infundirnos confianza saber que ese mundo es tierra ya roturada por la divinidad. Nada en él va a hablarnos de Dios. Pero hasta cuando Dios no habla, nos habla su silencio. Y saber que Él está siempre ahí, presente, aunque invisible, abriéndonos todos los caminos³².

Los caminos del otro Reino de Dios.

³² ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA, “El Derecho Canónico en el misterio y vida de la Iglesia. Un capítulo de un reto teológico y pastoral del postconcilio”. Conferencia en la Facultad de Teología “San Dámaso”, Madrid, 27-2-1997.

ELOGIO DEL EXCMO. SR. DR.
D. JUAN VELARDE FUERTES

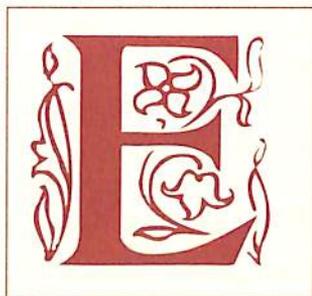
por el

PROF. DR. D. FRANCISCO GÓMEZ
CAMACHO





Reverendísimo Padre Vice-Gran Canciller de la
Universidad.
Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector.
Dignísimas Autoridades Académicas de nuestra Uni-
versidad y de otras Universidades que nos habéis
querido acompañar en este acto.
Claustales.
Alumnas y alumnos.
Señoras, Señores.



En un lugar de Asturias, de cuyo nombre quedará perpetua memoria entre los economistas españoles, nació el 26 de junio de 1927 una de las personas que con mayor dedicación, trabajo y entusiasmo ha contribuido a mejorar la realidad económica de España en dos de sus aspectos sustanciales: el material, como funcionario al servicio de la función pública y, como profesor universitario, en su capital intelectual y humano. El lugar asturiano se llamaba Salas, y el economista que allí nació, Dr. D. Juan Velarde Fuertes, de quien me reconozco “deudor” agradecido por haber sido alumno suyo, cuando la Facultad de Ciencias Económicas estaba aún en el viejo caserón de

San Bernardo, y al que hoy, como amigo, tengo el honor y el gusto de presentar ante Ustedes como acreedor al Doctorado “honoris causa” por la Universidad Pontificia Comillas.

La relación de méritos que suele hacerse en estos casos se conoce con el nombre de **Laudatio**, lo que puede dar a entender que muchas o algunas de las virtudes y méritos que se relatan son fruto de la benevolencia y la amistad, más que reflejo fiel de la realidad. Para evitar este posible malentendido en nuestro caso, querido Juan, me permitirás que, recordando el dicho teresiano de que “la humildad es andar en la verdad”, cambie el nombre de **Laudatio** por el de **Humiliatio**. Precisamente uno de los rasgos que más caracterizan tu trato y vida personal es el de rezumar, a la vez, sabiduría y humildad. Trataré, pues, de presentar a continuación la que considero la humilde verdad que hace del Profesor Juan Velarde un legítimo acreedor al Doctorado que hoy le otorga la Universidad Pontificia Comillas. ¿Y cuál es el primer rasgo de esa humilde verdad?

Sin lugar a dudas, el haber sabido ajustar su vida y trabajo profesional a las dos características que, según su Declaración Institucional, definen a la Universidad Pontificia Comillas. El Profesor Dr. D. Juan Velarde Fuertes es, en primer lugar, un “riguroso y crítico”, además de fecundo profesor universitario. Es también, y como él mismo ha reconocido siempre de forma explícita, un profesor que no tiene pudor en reconocer la inspiración cristiana de su trabajo. Quizá fuera su vivencia cristiana la que le llevó el año 1961 a colaborar con el entonces naciente ICADE, hoy transformado en Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Pontificia Comillas. Dictaba entonces la asignatura de *Estructura Económica*, y su colaboración con esta “casa” se ha mantenido de forma casi continuada hasta el día de hoy, en que explica la asignatura de *Economía Española*.

El bachiller Juan Velarde no estudió con los jesuitas. En unos años en los que era

“... un tópico frecuente ponderar la excelencia de los centros madrileños privados de la época –el Colegio del

Pilar, regido por los Marianistas, el colegio de Areneros, dirigido por la Compañía de Jesús— como lugares de formación cuidada de muchos alumnos que ocuparían y ocupan puestos destacados en la sociedad española”¹,

Juan Velarde estudió en el Instituto Ramiro de Maeztu, uno de los institutos públicos de segunda enseñanza que, además de reunir “un profesorado ejemplar por su vocación pedagógica y por su capacidad de formación del alumnado de Bachillerato”, fue durante muchos años semillero de excelentes vocaciones a la Compañía de Jesús. Educado en el Instituto Ramiro de Maeztu, Juan Velarde siempre supo apreciar la labor educativa y docente de la Compañía de Jesús. Por eso ha podido escribir que,

“Sin comprender la impronta de la Compañía y demás organizaciones anejas, como pueden ser las Congregaciones Marianas, resulta vano intentar explicar buena parte de la formación de personalidades señeras de la vida cultural y política española, incluyendo el propio Ortega y Gasset... En esos centros y lugares, con una dureza y exigencia que están siempre en la base de la creación de realidades, como pueden ser Eton o cualquiera de las *public schools* británicas, o los Gimnasios alemanes, se forman los grandes caracteres. Desgraciadamente, la Compañía de Jesús ha tenido una *leyenda blanda* bobísima y una *leyenda negra* plagada de vaciedades. Cuando se la examina con frialdad, destaca de modo señero en el panorama formativo de minorías en España”².

Sin duda estas palabras se las inspiró al Prof. Juan Velarde el ejemplo de uno de los mejores amigos, el Profesor Dr. D. Enrique Fuentes Quintana, éste sí educado con los jesuitas. Pero, por encima de la circunstancia personal, esas palabras ponen de manifiesto que el Prof. Juan Velarde es uno de los mejores frutos salidos del Ramiro de Maeztu; una de esas personas que, lejos de ver o levantar barreras entre lo pri-

¹ ENRIQUE FUENTES QUINTANA, “Juan Velarde Fuentes: Recuerdos y valoraciones personales”, en: *Economía española, cultura y sociedad. Homenaje a Juan Velarde Fuentes*, Madrid, Eudema, 1992, p.76.

² “Mis queridos acreedores”, en: *Economía española...*, p.60.

vado y lo público, ha sabido reconocer y potenciar cuanto de bueno ha encontrado en ambos lados. Por eso, y acomodando los versos del poeta, me atrevería a afirmar del Profesor Juan Velarde que es una de las pocas personas a las que ninguna de “las dos Españas”, la pública y la privada, logró jamás helarle el corazón; todo lo contrario, conocedor de cuanto de humanamente positivo había y hay en las dos partes, supo hacer que su corazón se templara en el fuego de la razón. Fue un temple que empezó en la escuela de su pueblo natal con el párroco D. José Salas Fernández, lo continuó en el Instituto Ramiro de Maeztu con la ayuda de quien entonces era su director, D. Lorenzo Vilas López, y lo supo culminar trabajando en la Universidad española en su doble realidad pública y privada.

El Profesor Juan Velarde se licenció en Ciencias Económicas en la Universidad Complutense de Madrid en año 1947. Pertenece, pues, a la primera promoción que sale de la nueva Facultad. Y si le preguntáramos por qué se decidió a estudiar Ciencias Económicas, es muy probable que, después de contarnos que todo empezó en un cine al que acudió a ver la película *Buffalo Bill*, su respuesta fuera semejante a la de su admirado maestro, el Profesor Torres Martínez, cuando le preguntaban para qué sirven los economistas:

“para hacer eficaz la acción del político. Para transformar los programas en hechos, los ideales en realidades concretas y tangibles; para que la política no sea como el telar de Penélope, un eterno tejer y destejer; para promover la prosperidad y el bienestar de los pueblos, y para que el gobernante pueda anotar en su *haber* el éxito logrado y no asiente en el *debe* el tremendo desaliento del fracaso”³.

Con estos ideales en la cabeza, Juan Velarde realizó brillantemente sus estudios universitarios e inició su actividad docente el mismo año de su licenciatura, el año 1947. Lo hizo como Ayudante de clases prácticas en la asignatura *Estructura Económica Mundial y de España*. El año 1951 ingresó con el

³ Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, titulado: *Teoría y práctica en la política económica*, Madrid, Aguilar, 1954, p.64.

número 1 en el Cuerpo Nacional de la Inspección Técnica de Previsión Social, que más tarde se convertiría en el actual Cuerpo Superior de Inspectores de Trabajo y Seguridad Social. Y ese mismo año de 1951 defendió la tesis doctoral con Premio Extraordinario. En ella estudiaba las *Aportaciones de Flores de Lemus al conocimiento de la economía española*. Ya para entonces estaba convencido el estudiante Juan Velarde de que la mejor forma de conocer la realidad económica nacional pasaba por conocer lo que habían dicho sobre ella los grandes maestros. Fruto del trabajo dedicado a estudiar a los grandes maestros es, entre otros trabajos suyos, el libro *Economistas españoles contemporáneos: primeros maestros*⁴.

El año 1960 gana, mediante oposición, la cátedra de Estructura e Instituciones Económicas de la Universidad de Barcelona, de donde pasará cuatro años más tarde y mediante concurso de traslado, a la Universidad Complutense de Madrid. El año 1961 empezó su colaboración con ICADE, semilla de la actual Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Pontificia Comillas. Además de su magisterio en las clases ordinarias de la licenciatura y su participación en cuantas conferencias y seminarios se le ha pedido, considero de justicia recordar el servicio especialmente valioso que como Presidente del Tribunal de Reválida viene prestando año tras año a la Universidad. La historia de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales sería incompleta y muy distinta de lo que es, si prescindiera de la presencia continuada en ella del Profesor Juan Velarde.

El año 1970 es nombrado director de la Revista *Anales de Economía*, del CSIC, y un año después, en 1971, recibe el Premio Nacional de Literatura y Ensayo por su libro *Gibraltar y su Campo: una economía deprimida*.

Su conocimiento profundo de los problemas que plantea la enseñanza y su vinculación profesional a ella hacen que se piense en él como Secretario General Técnico del Ministerio de Educación y Ciencia, cargo para el que fue nombrado en ene-

⁴ Madrid, Espasa Calpe, 1990.

ro de 1974, el mismo año en que se le nombró Rector de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida.

Ingresa en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1978, con un discurso que titula: *La larga contienda sobre la economía liberal. ¿Preludio del capitalismo o de la socialización?* En este discurso discute algunas de las ideas defendidas por Max Weber sobre la relación entre religión y economía, y construye una de las investigaciones más serias que existen sobre este problema histórico. Y es que el Profesor Juan Velarde ha sabido llevar a la práctica ese ideal que, proclamada enfáticamente en teorías, no siempre se realiza en la práctica. Ha sabido unir a la enseñanza universitaria una fecunda tarea investigadora.

Su labor en el terreno de la investigación es tan abundante y variada, que un antiguo alumno de esta casa, el Profesor García Delgado, se ha visto en la necesidad de agruparla en "seis manojos de temas". Desde los que se ocupan de la evolución de la economía española [*Sobre la decadencia económica de España, o La política económica de la Dictadura de Primo de Rivera*, por ejemplo] hasta las excelentes monografías dedicadas al pensamiento económico español de los últimos años.

Tan fecunda ha sido y es la actividad del Profesor Juan Velarde que, utilizando una paráfrasis, algún día se podrá decir de él lo que se dice de Lope de Vega: "En horas veinticuatro pasaba de las ondas hertzianas al estrado universitario". Si los madrugadores españoles pueden escuchar sus comentarios sobre la actualidad económica a las siete de la mañana, unas horas más tarde se le puede escuchar en la Universidad impartiendo a los alumnos sus clases magistrales. Y hasta es posible que en el trayecto a la Universidad se ocupe en tomar unas breves notas que le servirán después para escribir en la prensa "Mis libretillas".

Si numerosos son sus trabajos, no lo son menos los nombramientos y distinciones de que ha sido objeto. De todos ellos, uno que hubo de satisfacer al asturiano Juan Velarde de

manera especial fue sin duda el de Director de la Escuela Asturiana de Estudios Hispánicos de La Granda (Asturias), el año 1979, y dos años más tarde, en 1981, el ser investido Doctor “honoris causa” por la Universidad de Oviedo.

Su preocupación por los problemas socioeconómicos de Iberoamérica ha sido otra de las constantes en la vida del Profesor Juan Velarde, y esto explica, entre otras cosas, que en 1985 fuera nombrado Académico correspondiente de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela.

El Congreso Español le nombró Miembro del Consejo de Universidades el año 1987 y, cuatro años más tarde, en 1991, el Senado Español le designó Consejero del Tribunal de Cuentas, cargo que aún desempeña en la actualidad.

Otra de las fechas que, sin duda, recuerda el Profesor Juan Velarde con cariño es la del año 1992, cuando, además de ser designado Socio Académico y Censor de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, se le concedió el Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales. La concesión de este premio coincidió, sin embargo, con uno de los momentos más inmerecidamente tristes en la vida universitaria del Profesor Juan Velarde: el de su jubilación anticipada como profesor universitario. Su amigo Fuentes Quintana se ha referido a ese momento como el

“ejemplo más elocuente del absurdo y contrasentido que ha supuesto la jubilación obligatoria y anticipada del profesorado universitario español... decidida por el Gobierno socialista...”⁵

Los compañeros del Profesor Juan Velarde, como muestra de aprecio y solidaridad en los momentos difíciles de su absurda jubilación, celebraron un homenaje, cuyas actas ocupan tres gruesos volúmenes que llevan por título *Economía Española, cultura y sociedad: Homenaje a Juan Velarde*. A juzgar por el número y variedad de participantes en el homenaje,

⁵ “Juan Velarde Fuentes: Recuerdos y valoraciones personales”... p.73.

se diría que Juan Velarde es una de las pocas personas que carece de enemigos entre sus colegas universitarios.

Afortunadamente la ley que le apartaba de la Universidad Complutense no afectaba a la Universidad Pontificia Comillas, y los alumnos de esta Universidad pudieron seguir disfrutando de la enseñanza rigurosa y amena del Profesor Juan Velarde. Ese mismo año 1992 participó en las Jornadas que la Universidad Comillas organizó conjuntamente con la Universidad Pontificia de Salamanca y el Colegio Español de San José en Roma, y colaboró en el número monográfico de la revista ICADE dedicado a *Comillas: cien años de Universidad*. Un año más tarde acepta la lección inaugural del curso académico 1993-1994. Disertó sobre *La Compañía de Jesús y la reforma de la economía española. Del P. Luis Coloma al P. Sisinio Nevares*. El año 1993 fue nombrado Catedrático Emérito de la Universidad Complutense de Madrid, y tres años más tarde se le concedió el Premio Rey Jaime I de Economía “por su contribución al profundo conocimiento de la economía española y de su trasfondo histórico y social”.

Ha sido ese conocimiento profundo de la economía española el que el Profesor Juan Velarde ha sabido transmitir a sus alumnos año tras año, a lo largo del medio siglo de docencia que nos separa del año 1947, cuando empezó su actividad docente como Ayudante de clases prácticas. El Doctorado “honoris causa” que hoy se le otorga coincide, pues, con sus Bodas de Oro con la enseñanza universitaria. Cincuenta años de servicio a la sociedad y, en especial, a la Universidad española, de los que también la Universidad Pontificia Comillas se siente hoy agradecidamente deudora. Por eso, querido amigo Juan, y en expresión para ti familiar, la Universidad Pontificia Comillas te contará siempre entre sus “queridos acreedores preferentes”. Ciertamente, la deuda contraída contigo por esta Universidad no puede considerarse saldada con el Doctorado honoris causa” que hoy te concede. Sin embargo, este doctorado sí puede servir como reconocimiento de la deuda. Y como el Profesor Juan Velarde no tiene prisa en cobrarla, le deseamos que la cuenta abierta entre él y la Universidad Pontificia Comillas haga ya tantos años se mantenga sin cerrar aún por muchos más.

ASI PUES, CONSIDERADOS Y EXPUESTOS TODOS
ESTOS HECHOS, DIGNISIMAS AUTORIDADES
CLAUSTRALES, SOLICITO CON TODA
CONSIDERACION Y ENCARECIDAMENTE RUEGO QUE
SE OTORGUE Y CONFIERA AL EXCMO. SR. DR. D.
JUAN VELARDE FUERTES EL SUPREMO GRADO DE
DOCTOR "HONORIS CAUSA" POR LA FACULTAD DE
CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS.

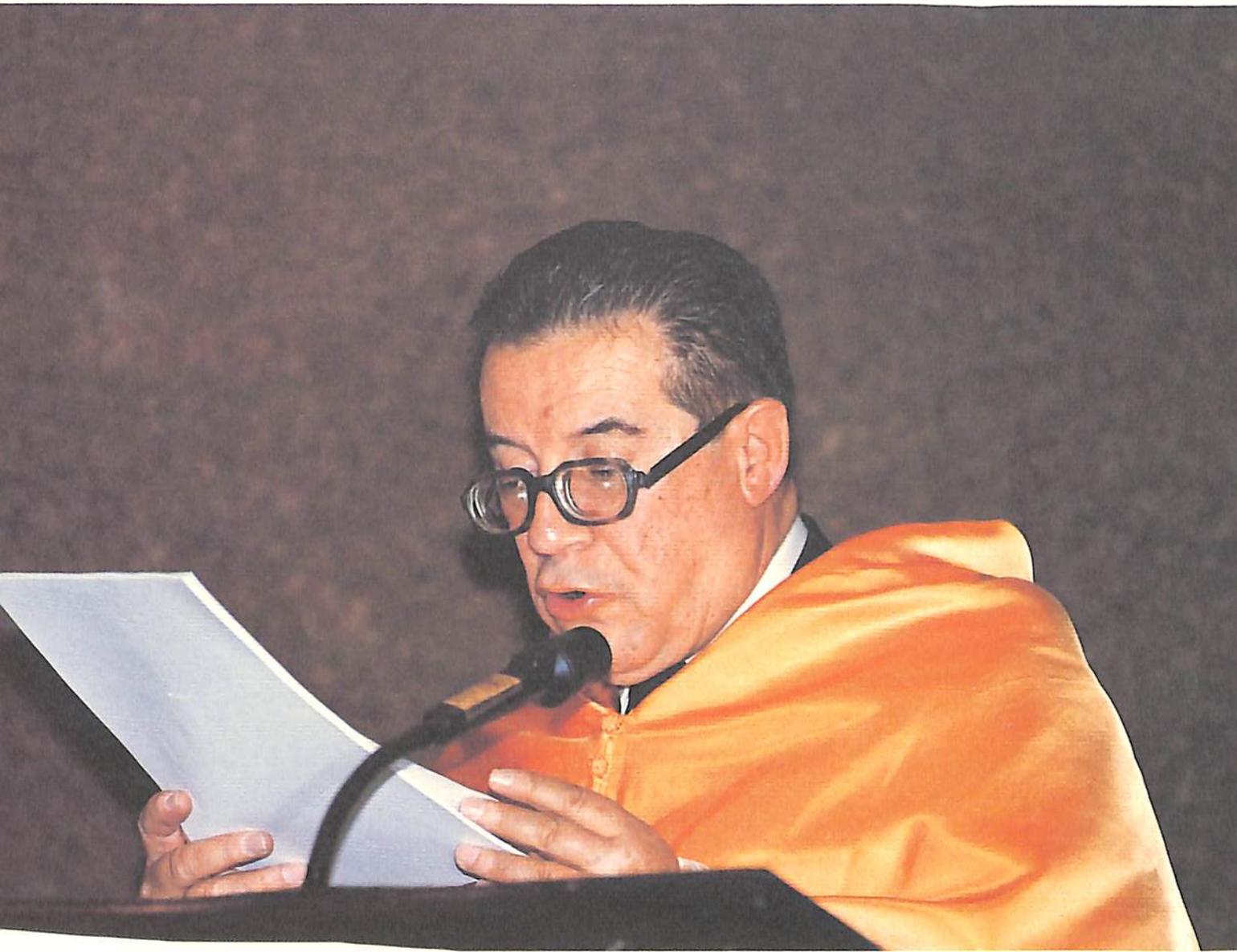
EL SECULAR DEBATE SOBRE POBLACIÓN Y DESARROLLO

Consideraciones después de la Conferencia
Mundial de la Población celebrada en El Cairo en
1994 y de la Cumbre Mundial de la Alimentación
celebrada en Roma en 1996

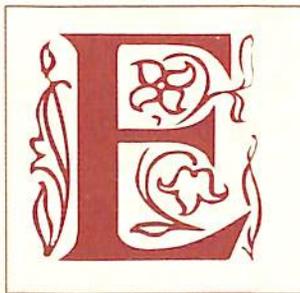
Lección Doctoral
del

EXCMO. SR. DR. D. JUAN VELARDE
DUERTES





Reverendísimo Padre Vice-Gran Canciller de la
Universidad.
Excelentísimo y Masnífico Sr. Rector.
Dignísimas Autoridades Académicas de nuestra Uni-
versidad y de otras Universidades que nos habéis
querido acompañar en esta acto.
Claustales.
Alumnas y alumnos.
Señoras, Señores



l recibir una distinción tan extraordinaria como es un Doctorado “honoris causa”, sobre todo cuando se ha otorgado por una Universidad que alberga al galardonado desde hace más de treinta años, plantea inmediatamente la cuestión de: ¿cómo agradecerlo? No digo, por supuesto, cómo compensarlo, o incluso, cómo asegurar al Centro Académico que no erró en tamaña distinción. Y no lo digo porque la contestación a lo primero es obvia: lo excesivo no puede tener contrapartida. Respecto a lo segundo, creo que también las cosas son claras, porque una de las realidades que resultan evidentes, cuando se llevan ya cincuenta años de docencia en la economía, es que

conviene contemplar con mucha humildad los méritos propios, sobre todo en relación con los ajenos. James Tobin, en las famosas conferencias de la Trinity University, señaló: “He vivido lo suficiente como para ver a la revolución de la que yo era un ferviente defensor hace cincuenta años convertirse a su vez en una ortodoxia dominante y ser después el objetivo de ataques contrarrevolucionarios... Muchos de mis más jóvenes colegas en la profesión defienden la nueva macroeconomía clásica con el mismo entusiasmo con el que sus contemporáneos y yo llevábamos la cruzada contra la vieja macroeconomía clásica de los años treinta. Muchos de los problemas son los mismos, pero el ambiente es muy distinto”. O como en el mismo ciclo dijo Stigler: “La fama contemporánea no asegura una fama duradera; los líderes de las que han resultado ser modas científicas desaparecen incluso de la historia de la ciencia. Hoy en día, un joven economista no sabrá que a finales de los años treinta se debatió ampliamente una tesis sobre el estancamiento de la economía y el nombre de Alvin Hansen no volverá a recobrar la eminencia de su momento”. O, por otro lado, Cournot no fue famoso por sus aportaciones sobre el oligopolio en 1838, de las que nadie se enteró, sino cuando Edgeworth comenzó a trabajar sobre ello en 1880, porque redactó sus aportaciones en un lenguaje matemático que los economistas de entonces no estaban capacitados para entender.

Sencillamente he de subrayar que ha sido la benevolencia de este claustro la que me ha otorgado tan excelsa recompensa y que sólo puedo dar las gracias. Pero he de hacerlo con el único lenguaje que conozco, con el de mi especialidad, pero, al mismo tiempo, sin olvidar, por obligada cortesía, que me ha favorecido así una Universidad Pontificia. Esto es: no me perdonaría, por un lado, no hablar de alguna de las cuestiones que palpita siempre en los ámbitos de la ciencia, pero debo escoger alguna cuestión que la Iglesia considera como uno de los grandes temas sobre los que, por fuerza, ha de pronunciarse, dado que la sociedad lo reclama y que muy sutiles teólogos han meditado sobre ello, en medio de las mil polvaredas de debates a veces durísimos. En este sentido he escogido hablar en este acto, para mostrar mi agradecimiento, sobre algunos enlaces económicos relacionados con la población y el desarrollo

material. El panorama, además, anda enmarañado porque una gran cantidad de grupos de pseudo economistas, de aficionados, de gentes inspiradas por mensajes utópicos, han originado tal caos, tal conjunto de complicaciones, que amenazan con que todo esto sea algo que vaya conduciendo a un auténtico pandemónium. Por esto yo voy a intentar analizar la cuestión con la mayor frialdad científica de que sea capaz.

La primera nota que deseo exponer es que este tema de la población y el desarrollo, automáticamente, se enmaraña porque tiene una vertiente que es estrictamente científica y económica, pero tiene también otra que se relaciona con cuestiones morales, con cuestiones de talante, con cuestiones políticas, y como consecuencia de esto, ha pasado a ser algo sobre lo que suele opinar casi todo el mundo, porque en sus inmediaciones aparecen los valores y, con ellos, las pasiones. Como consecuencia, estas múltiples opiniones lo convierten en algo tan extraordinariamente complejo y confuso que ha motivado que, como preámbulo a una serie de artículos, también sobre población y desarrollo, en una revista norteamericana muy prestigiosa de economía, *The Review of Economics and Statistics*, se dijese algo así como que “mal van todos los economistas que se ocupan de estas cuestiones, porque todos van a ser torcidamente interpretados”. Probablemente tenía razón. De ahí, repito, el interés en poner un poco de orden en este ambiente que, como todos sabemos, se caldeó por última vez con motivo de la Conferencia Mundial de la Población celebrada en El Cairo en 1995.

Una cuestión previa

Precisamente estos debates nos plantearon, por supuesto, una serie de cuestiones morales que, inmediatamente, tienen conexiones con realidades socioeconómicas. Tales realidades sólo pueden ser estudiadas de un modo: científicamente. Con tal estudio científico nos acercamos siempre, de algún modo, a la Verdad, que es una de las maneras de acercarnos a Dios, porque no es posible escindir ambas cosas o, mejor dicho, ambas cosas son lo mismo. Como se lee en el *Catecismo de la*

Iglesia Católica (Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1992), 214, “Él es la Verdad, porque Dios es luz, en Él no hay tiniebla alguna (1 Ju 1, 5)”.

De ahí que las cuestiones morales relacionadas con la población obligan, guste o no, a indagar sobre una serie de realidades económicas y demográficas, cuya exposición ha de someterse al riguroso contraste de lo verdadero o lo falso, sin consideración complementaria de ningún tipo. Aceptar lo falso supone, siempre, apartarse de la Verdad, que es, por lo dicho, lo que ningún católico puede admitir. Voy, pues, en mi intervención a acercarme a estos problemas y debates procurando tratar sólo de aquellos que yo, como profesor de Economía Aplicada, considero que tienen un enlace directo con mis estudios. En resumen, voy a intentar aportar a un debate ético la mayor cantidad posible de información científica. En lo que aquí pasaré a exponer, he buscado unas fuentes, que, como es natural, se escogen por su garantía intelectual, nunca, en absoluto, porque sus autores tengan ésta o la otra idea religiosa. No se tiene para nada en cuenta que sean ateos o agnósticos o, por el contrario, que sean fervorosos cristianos, o incluso que sientan repulsión por las enseñanzas del Evangelio. Desde el punto de vista científico, todo eso no es relevante.

El fantasma de la escasez

Periódicamente surge la idea de que la población tiende a crecer de modo desaforado, hasta el punto de que acabará por motivar escaseces muy graves, porque el abastecimiento de cosas concretas no sólo es muy limitado, sino que puede crecer menos que los habitantes. De ahí han surgido tres oleadas de pesimismo, e incluso de pánico, entre los hombres, a partir de esa gran conmoción constituida por la Revolución Industrial.

La primera vez que este pánico se planteó por un economista fue de la mano de Malthus. Los descubrimientos del químico prusiano Liebig y, a continuación, el empleo, tan influido

por éste, de los fertilizantes creados por el hombre a partir de materias minerales, redujeron ya en el siglo XIX a la nada todas estas profecías.

La segunda oleada pesimista fue la desarrollada por el genial descubridor del marginalismo, William Stanley Jevons. Era hijo de uno de los empresarios que, desde el punto de vista tecnológico, habían abierto las puertas a la Revolución Industrial.

Jevons en 1865, en su *The coal question: an Inquiry concerning the Progress of the Nation and the probable Exhaustation of our Coal Mines*, al estudiar las reservas de carbón existentes en el mundo y el crecimiento de su consumo como consecuencia del incremento de las necesidades industriales de las gentes, llegó también a téticas conclusiones. El descubrimiento de la técnica de la energía alterna, que supuso la entrada masiva en la vida económica de la hidroelectricidad, lo que prácticamente se superpuso al descubrimiento del motor de explosión y con él al empleo de los hidrocarburos, borraron este pánico. Claro que todo esto significó el abandono del cetro de rey de la energía que ostentaba la hulla. Después de la II Guerra Mundial, el panorama hacia el optimismo se completó con el empleo, en el ámbito comercial, de la energía nuclear, mientras que los planteamientos científicos actuales parecen garantizar que, con la energía de fusión, –o como alternativa, la energía solar– la humanidad tiene garantizada, hasta su extinción, una fuente energética sin otros problemas, como indicó Basov, que los derivados de las dificultades inherentes a la preparación intelectual en la población. Éste, el disponer de cerebros de físicos, de matemáticos, de químicos, de economistas, es el problema, no el de la abundancia, o no de las materias primas. Debo añadir que Stanley Jevons fue siempre un preocupado por la cuestión de la escasez. Asustado ante la posibilidad de que la pasta de madera disminuyese, se dedicó a almacenar en su casa tal cantidad de resmas de papel, que Keynes, en su ensayo biográfico sobre él, señaló que los nietos de este gran marginalista no habían conseguido consumir todo lo que su abuelo había almacenado.

La tercera corriente de pánico ante la carencia de bienes surgió en la Conferencia de la Población de Belgrado de

1965. Hubbert, un geólogo y geofísico de Standford, habló en ella de “la ciega dilapidación” que la Revolución Industrial había efectuado de multitud de reservas minerales. Por ese motivo desaparecían aceleradamente las posibilidades de atender la demanda creada por nuestra civilización. Profetizaba, a un plazo muy corto, que la humanidad contemplaría en sus historias una existencia fastuosa, llena de crecientes lujos y comodidades, a lo largo de los siglos XIX y XX, que había acabado por desembocar en un panorama de escasez análogo al soportado durante milenios por el hombre. Éste no había sabido liberarse con sabiduría de la penuria. Había derrochado de modo insensato y un caos aterrador iba a ser su consecuencia.

Estos argumentos fueron ampliados a través de una serie de trabajos del Club de Roma, iniciados con el titulado *Los límites del crecimiento*. El miedo que originaron coincidió con el choque petrolífero de 1973 que se combinó, como es bien sabido, con una subida de los precios de las materias primas. Pareció que así se confirmaban los puntos de vista de Hubbert-Club de Roma. Pronto una serie de estudios muy concienzudos efectuados sobre todo por economistas y geógrafos, entre los que destacaría el de Gerald Manners, “Our planet’s resources”, publicado en *The Geographical Journal*, marzo de 1981, aparte de una serie de novedades tecnológicas fascinantes, fundamentalmente en el campo de la electrónica, aventaron sustos y temores. De nuevo surgía lo que sí era un factor muy raro: el conocimiento científico y técnico que tenían los pueblos. Ese era el factor limitativo –conocer, por ejemplo, a fondo las matemáticas–, y no lo era la cuestión de las materias primas. Como bien saben quienes fracasaron en el proyecto gigantesco de Aznalcóllar, la fibra óptica ha destronado al cobre y la base de la industria electrónica más sofisticada es el silicio; como es bien sabido, los silicatos nos rodean. Esta misma sala está construida básicamente con silicatos.

Como señala Manners y nadie solvente le ha contradicho, “una revisión actual de los recursos de nuestro planeta justifica tres principales conclusiones. En primer lugar, basándonos en un análisis teórico, hay buenas razones para adoptar un opti-

mismo razonable respecto a la oferta futura de recursos minerales y de energías no renovables. En segundo término, y desde un planteamiento de mayor evidencia pragmática, la adecuación física de las necesidades de materias primas minerales y de energía parece asegurada para, por lo menos, los próximos cincuenta años, aunque existen incertidumbres en relación con cuestiones tales como el acceso a las materias primas, el impacto medioambiental del desarrollo de esta oferta de recursos, las transferencias internacionales y acumulaciones de los capitales precisos y el coste futuro de la energía. Todo esto no proporciona precisamente un campo de complacencias, y exige con claridad, ya la iniciativa de, o los ajustes para que se desarrollen políticas tanto a escala nacional como internacional. Y finalmente, cualquier tipo de reservas y de disquisiciones acerca de la adecuación de los recursos naturales deben ser ponderados, particularmente en el caso de la Europa occidental, por la necesidad que esta región tiene de un acceso sostenido a las reservas de materias minerales y productos energéticos que existen en otras partes del mundo; por ello, una vez más, es necesario llamar la atención a la necesidad de políticas gubernamentales imaginativas y sensatas, a nivel nacional e internacional. Es imposible, pues, concluir de otro modo que dentro de un tradicional planteamiento geográfico: confianza en la generosidad de la naturaleza, pero incertidumbre en la futura sabiduría del hombre. Si tenemos problemas de recursos en las próximas dos generaciones, sólo podemos opinar con Casio que, la falta

“no está en nuestra estrella
sino en nosotros...”

Sin embargo, el temor despertado por el Club de Roma, aunque ya no levanta ningún interés en el mundo científico, se ha refugiado en cenáculos con gran influencia, denominados conservacionistas o ecologistas. Sostienen que el hombre, con su desarrollo industrial, ha alterado equilibrios básicos de la Naturaleza, y que si no retrocede, hará peligrar la vida en la tierra. Empleando series temporales sin el adecuado rigor científico, llegan a conclusiones sobre el clima, sobre la amplitud de la capa de ozono, sobre la capacidad productora de ali-

mentos de los campos, que no tienen un apoyo intelectual correcto. Al convertirse, además, en seguidores de la vieja doctrina de Rousseau del “buen salvaje”, consideran asimismo que los procesos de integración de la vida cultural de Occidente de las poblaciones indígenas, son un mal en sí mismo. El mandato de *crecimiento cero* en todos sus aspectos se constituye en un mensaje que, por supuesto, es antitético con el que aparece en el Génesis: “Creced, multiplicáos, llenad la tierra y sometedla” (Gn 1, 28). Este debate, he de subrayarlo, no tiene nada de científico por parte de esas gentes relacionadas con el “conservacionismo”; se basa en la defensa de una utopía que despierta simpatía entre la sociedad opulenta creada en el mundo occidental, que ha pasado a tener mala conciencia por muchos de sus extravagantes consumos, y que reacciona ante ello de modo tan desmesurado como es el del talante ante la demanda de bienes y servicios estrambóticos de muchos de sus miembros.

Talante ante el problema de la población

De todos modos, podría decirse que esta abundancia en bienes reales puede ser cierta, pero queda el hecho físico del incremento de la población. Si ésta continúa de modo indefinido la carrera desenfrenada de multiplicarse al modo exponencial que atemorizó a Malthus, en no demasiado tiempo el planeta tendría una especie de excrecencia monstruosa de miles y miles de millones de seres humanos, que se convertirían en una especie de plaga parasitaria terrible sobre toda la Creación. La tierra se transformaría, por eso, en un lugar inhabitable. Sólo queda extrapolar para saber si la única solución sería una juliovernesca, o si se prefiere, asimoviana, con un conjunto de emigraciones masivas y gigantescas para repoblar planetas del sistema solar e incluso de otras constelaciones. Como esto, hoy por hoy, es inimaginable, el exceso de la población, por sí mismo, se convierte en el problema número uno.

Aparece así el que Amartya Sen denomina el debate ideológico Malthus-Condorcet. No es que se ignore que la polémica viene de muy atrás. Probablemente la idea de que las poblacio-

nes tienden a incrementarse más allá de todo límite razonable para el bienestar proceda de Botero, en 1589, quien enfrentó la *virtus generativa* de la especie humana a la *virtus nutritiva*, que entrega con parsimonia los alimentos que el hombre precisa. El crecimiento en progresión geométrica ya lo vemos en el trabajo de Petty, *Essay concerning the multiplication of mankind*, en 1686 y, a través de muchos autores llegará a Mirabeau, quien en 1756 sostendrá que los hombres se multiplicarán hasta el límite mayor posible “como las ratas en el granero”. Malthus admitirá la prioridad en esa postura de Steuart. Marx, por su parte, sostuvo la existencia, por parte de Malthus, de un plagio del reverendo Townsend -aquél que con la explicación del equilibrio de los perros y las cabras en la isla de Juan Fernández, tanto influyó en el evolucionismo basado en la lucha por la vida de Darwin- y su conocida *Dissertation on the Poor Laws*, de 1786. Adam Smith, en el capítulo 8 del libro I, señalaría que “toda especie animal se multiplica naturalmente en proporción a sus medios de subsistencia, y ninguna especie puede multiplicarse más allá”, agregando que “en una sociedad civilizada sólo en las clases más bajas del pueblo la escasez de subsistencia puede trazar un límite a la ulterior multiplicación de la especie, y lo hace destruyendo una gran parte de los hijos que sus fecundos matrimonios generan” (pág. 127 de la edición de Carlos Rodríguez Braun, Alianza, 1994).

Todo esto implica dos tipos de críticas ideológicas antes de la Revolución Industrial y de la explosión demográfica mundial que inmediatamente la acompañó. Por una parte estaban los autores poblacionistas. El aumento del número de habitantes era un bien, y no merecía la pena plantear el problema. Quizás el economista más importante que estaba convencido de que el aumento de la población generaba de forma inmediata riqueza, sea Quesnay: no es la riqueza la que engendra superpoblación, sino que una población densa provoca actividad, lo que no quería decir, sino todo lo contrario, que como consecuencia de ello, no existiesen siempre indigentes. Por otro lado, estaban aquellos que consideraban que no era sólo el hambre el factor limitativo, sino la *razón*. El primero de quienes sostienen esto es Ortes en 1774, quien adujo como ejemplo el caso del celibato eclesiástico católico.

Este conjunto de planteamientos existió, pero su importancia se ha ido esfumando. Hoy el problema es, lisa y llanamente, éste que, como he dicho, centra Amartya Sen en Malthus y Condorcet.

Malthus, en su *Ensayo sobre el principio de la población*, planteó en 1798 la necesidad de emplear medios coactivos para impedir las consecuencias de una abundancia en la población. Como señaló Perpiñá Grau, Malthus era, evidentemente, un economista liberal, pero puesto en el dilema de preferir la libertad que crea molestias o la coacción que las frena, optó por esto último. Todos los mecanismos de control de la población, que no proceden de la libérrima decisión de los individuos, tienen su raíz en Malthus.

Condorcet, en cambio, en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, aparecido en 1795, mantiene que el hombre se da perfecta cuenta de que “hay que dar a los hijos, no sólo la existencia, sino felicidad”. En el fondo, lo que Condorcet señala es que las exigencias del desarrollo y la cultura son capaces de frenar el desarrollo demográfico.

Parece que esta actividad de Condorcet, unida a lo que llama Schumpeter su *evolucionismo intelectualista*, tiene una especie de contrastación empírica, al observar que la procreación no crece siempre de manera explosiva, sino mucho menos. Pensemos que también Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, y asimismo en el capítulo 8 del libro I, indicará, según la edición citada de Carlos Rodríguez Braun (pág. 126), que “la pobreza, aunque desanima a los matrimonios, no siempre los impide; incluso parece que incentiva la procreación. Una mujer medio muerta de hambre en las Tierras Altas escocesas con frecuencia llega a tener más de veinte hijos, mientras que una dama mimada y elegante muchas veces es incapaz de tener ninguno y generalmente queda exhausta después de dos o tres. La esterilidad, tan extendida entre las señoras de alto rango, es muy rara en las de humilde condición. El lujo en el sexo bello, aunque quizás inflama el afán de placer, casi siempre debilita las facultades reproductivas y, a menudo, las destruye por completo”.

Todo esto tenía un antecedente -una frase famosa romana de que “el lecho de la pobreza es fecundo”. y una continuación en Brentano. Según la síntesis que de sus puntos de vista hace Pigou en el capítulo IX de la primera parte de *La economía del bienestar*, Brentano y su escuela sostienen que “a la larga, el desarrollo de la prosperidad material creará las condiciones necesarias para que se opere una vida espiritual y un nivel cultural más elevados, prestándose mayor atención a la educación de los hijos, viéndose, sin embargo, cómo aparecen en primer plano otras inquietudes rivales de las que se relacionan con los niños”. Por tanto, un aumento de renta en cualquier grupo de población conducirá, a largo plazo, probablemente no a un crecimiento, sino a un decrecimiento del número de nacimientos y, por tanto, del volumen de población. De ahí que el profesor Brentano declare que una mejoría permanente de la riqueza y la cultura, “una vez hechas las investigaciones pertinentes entre personas de una misma clase, de clases diferentes y de distintos grados de desarrollo, nos han mostrado una disminución del coeficiente de natalidad ... A medida que crece la prosperidad, se intensifican los placeres que compiten con la idea matrimonial, mientras que el sentimiento por los hijos toma un nuevo carácter de refinamiento, tendiendo ambos factores a disminuir el deseo de procrear...” Y añade Pigou: “El doctor Herons, mediante estudios estadísticos basados en el ejemplo de Londres en 1906, aportó una confirmación detallada de este punto de vista... Los resultados obtenidos por el doctor Herons han sido confirmados posteriormente por muchos investigadores y aplicados a un vasto campo práctico. Así Yule escribe: ‘Actualmente (1920) no existe duda alguna que la fecundidad matrimonial, en su conjunto, y hablando en términos generales, oscila entre una cifra muy baja para las clases altas y profesionales y otra mucho más elevada para los trabajadores no calificados’...”.

Todo eso hoy en día se admite ya sin que sea objeto de debate alguno. El demógrafo Bertillon, en su obra *La dépopulation de la France, ses conséquences, ses causes, mesures à prendre pour la combattre*, proporcionó unos puntos de vista tan adecuados, que suele denominarse en la actualidad a esa relación inversa entre desarrollo económico y natalidad *Ley de*

Bertillon. En el resumen que de ella efectúan los Woytinsky en su *World population and production. Trends and outlook*, (The Twentieth Century Fund, 1953) se sintetizan así: “la riqueza conduce a la esterilidad”, no biológica naturalmente, sino al contraste de la fertilidad entre ricos y pobres, aunque añaden que posteriormente se ha puntualizado todo esto por Ansley J. Coale, en la colección de ensayos dirigida por éste y S. Watkins, *The decline of fertility in Europe*, (Princeton University Press, 1986), al agregar la idea de *transición demográfica*, entendiendo por ella “un cambio específico en la conducta reproductiva de una población que acontece durante la transformación de una sociedad, desde una situación tradicional a una altamente modernizada”. Todo esto fue posteriormente desarrollado, sin que quepa ya debate importante alguno, por W. Thompson en, *Population problems*, (McGraw Hill, 1930); por C. Blacker en su artículo “Stages in population growth”, aparecido en *Eugenics Review*, octubre 1947; por K. Davis en el artículo fundamental “The world demographic transition”, aparecido en los *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, enero 1945, y por F. Notestein, en su aportación “Economic problems of population change”, publicada en las *Proceedings of the Eighth International Conference of Agricultural Economists*, 1953. Por su especial repercusión en España, y sobre todo en Cataluña, debe añadirse el artículo de Corrado Gini, “Vecchie e nuove osservazioni sulle cause della natalità differenziale e sulla misura della fecondità naturale delle conjugate”, en *Metron*, julio 1919. Toda esta serie de citas se refieren, pues, a una cuestión que está cerrada.

El crecimiento demográfico

Dicho todo esto, también es indudable que la población del mundo aumenta con fuerza. El siguiente cuadro lo pone bien de manifiesto:

*la humanidad tardó millones de años para alcanzar los mil millones de habitantes en la tierra;
para agregar otros mil millones, tardó 123 años;*

agregar otros *mil millones*, le costó 33 años;
agregar otros *mil millones*, le costó 14 años;
agregar otros *mil millones*, le costó 11 años.

También podríamos decir que entre 1980 y 1990 la población se incrementó en 923 millones de personas, que era la cifra que existía cuando Malthus publicó su estudio. Los demógrafos señalan que hacia el año 2020 vamos a tener alrededor de 8.500 millones de personas y a mediados del siglo XXI vamos a ser los humanos, aproximadamente, entre 10 y 11 mil millones de personas. ¿Y después?

La cuestión inmediata es el ritmo del crecimiento de la población mundial. Éste no va a continuar aumentando de manera sistemática hasta llevar a la humanidad a cifras aterradoras. Y no lo va a hacer, en primer lugar, porque desde hace mucho tiempo se observó, después de una serie de investigaciones estadísticas muy bien hechas, que todas las colectividades humanas, cuando alcanzaban un cierto grado de desarrollo económico, pasaban primero a tener un crecimiento acelerado en sus habitantes –concretamente entre los europeos eso ocurre a partir del año 1650–, pero después ese ritmo de la población va disminuyendo y llega un momento en que ésta se estanca. Conocer este proceso ha sido un viejo reto de demógrafos, economistas y estadísticos, que ahora mismo ha conseguido muy importantes puntualizaciones.

Estos planteamientos se remontan a 1844, cuando el matemático belga Verhulst publicó, en la Real Academia de Bruselas, una Memoria titulada *Recherches mathématiques sur la loi d'accroissement de la population*, en la que nos encontramos con la función

$$Y = \frac{mke^{at}}{1 + me^{at}}$$

siendo

Y el número de habitantes
k el número máximo de seres que puede habitar en ese espacio limitado
t el tiempo
m y a parámetros.

Este mensaje fue recogido por Raymond Pearl y Rowell J. Reed, cuando resolvieron en su trabajo “On the rate of growth of the population of the United States since 1790 and its mathematical representation”, publicado en la revista de la National Academy of Sciences en 1920, un problema con este enunciado: “Dado un espacio limitado (como la tierra) habitado por seres vivos de los que se conoce una cierta vida media, en forma de reproducción, de sus necesidades vitales, etc., ¿qué sucederá en el transcurso del tiempo respecto al número de individuos que pueblen ese espacio?”.

Posteriormente se observó que en toda población existían fluctuaciones irregulares, que a veces presentaban y otras no, tendencias cuasiperiódicas que Ronald D. Lee –el autor de “The formal dynamics of controlled populations and the echo, the boom and the bust”, un artículo aparecido en *Demography*, en 1974–, encuentra muy relacionadas con los análisis cíclicos que Simon Kuznets, impulsado por Mitchell, realizó a partir de 1927 y hasta 1961 en el National Bureau of Economic Research. Como escribieron Vibha Kapuria-Foreman y Mark Perlman en su artículo “An economic historian’s economist remembering Simon Kuznets”, en *The Economic Journal*, noviembre 1995, todo eso hay que ponerlo en la cuenta de la pérdida de fe respecto al menchevismo de Plejanov por parte de Kuznets, con lo que abandonó cualquier simpatía por la naturaleza teleológica de cualquier proceso histórico.

Todo esto conduce a considerar, de acuerdo con lo que sostiene Lee, que en la dinámica de la población podemos observar una conducta “caótica”, con series sin fin que ofrecen fluctuaciones no repetitivas. Pero en ellas, dentro de estos ciclos, donde a veces, como en las tasas de natalidad en el siglo XIX europeo, encontramos rastros de ciclos Kondratief, observamos que las tendencias al crecimiento de la población tienen frenos poderosísimos. Por ejemplo, Richard Esterlin, en su ensayo publicado en 1968 por el National Bureau of Economic Research, *Population, Labor Force, and Long Swing in Economic Growth*, comenzó a elaborar una tesis que relaciona los hijos que se desean tener por un matrimonio joven con los niveles relativos de sus rentas respecto a las de sus padres. En

los años cincuenta, estos niveles relativos eran altos, pero en los setenta, con la presión de los ingresos a la baja a causa de los parados y los altos nacimientos de dos décadas anteriores, la caída de la tasa neta de reproducción era casi obligada.

Todo esto es congruente con una situación técnica de un sistema que deriva hacia el caos. Como se ha señalado en la ponencia presentada por Ubaldo Nieto de Alba al Simposio Internacional *Caos y Fractales: el nuevo paradigma*, en la Fundación Ramón Areces en diciembre de 1995, “el orden se rompe y el comportamiento del sistema ya no resulta predecible, si bien tampoco es enteramente azaroso”. Esto es, “el nuevo modelo mental, basado en el paradigma del caos, ha de tener en cuenta la hipótesis de impredecibilidad y la debilidad de los vínculos causales, así como contemplar el sistema como un todo interconectado (principio holístico) y recurrir al razonamiento de la analogía y a la intuición, en modelos cualitativos e irregulares, en lugar de analizar y cuantificar mediante un proceso lógico y metódico”.

Sometamos la logística clásica anterior a este nuevo planteamiento caótico. Los cambios sociales, tecnológicos, una humanidad sometida desde la Revolución Industrial a una innovación constante, hace que los valores de ***k***, ***m***, ***a***, acusen -dice el profesor Nieto de Alba- “estos cambios que van a definir el tiempo irreversible del sistema”, que por ello se observa que no mantiene sistemáticamente la estabilidad que predice la logística, sino que, una y otra vez inicia un declive. Seriamente, en lo que podemos decir, eso es todo; esto es, que carece de sentido científico cualquier opinión que señale que la población va a dar un salto hacia arriba; tanto puede darlo hacia arriba como hacia abajo.

En 1941 José Vergara Doncel, en el artículo “El movimiento de la población de España”, aparecido en *Revista de Estudios Políticos*, julio 1941, calculó el límite de la población española en 47 millones de personas. El mismo año, la Dirección General de Estadística, en el artículo “La curva logística de la población de España”, aparecido en *Boletín de Estadística*, octubre-diciembre 1941, estimó este límite en 54

millones. Angel Alcaide Inchausti, en el artículo “Nueva determinación de la curva logística de la población de España”, aparecido en *Revista de Economía Política*, septiembre-diciembre 1955, consideraba, por el contrario, que la población máxima sería de 36 millones. Ahora mismo, en la síntesis efectuada por Juan Antonio Fernández Cerdón para la fundación BBV, con la frontera del 2091, considera como una hipótesis poco probable -y máxima- el mantener los 40 millones actuales; una hipótesis media, y más probable, de 27 millones para la misma fecha, y otra mínima, asimismo poco probable, que sitúa, también para el 2091 nuestra población en menos de 10 millones de personas. Con todo esto, ¿cabe pensar que las circunstancias sean las de una especie en loco crecimiento demográfico?

A niveles mundiales, lo que está ocurriendo ahora es que, ya en Europa y en Norteamérica existe un debilísimo progreso demográfico. Sin embargo, todavía los incrementos de Asia, Africa e Hispanoamérica están siendo fuertes, pero se observa cómo ya van cediendo en su presión poblacional. Por tanto, ahora esos pueblos, de nuevo, recuperan el hueco relativo en el mundo, que habían tenido que ceder a Europa, porque conviene recordar que eran la zonas más pobladas en el siglo XVII Europa tenía entonces un conjunto de habitantes muy pequeño. Fue ese el momento en el que en Europa y en Norteamérica se provoca un gran estallido poblacional. Ahora el equilibrio de la demografía mundial está volviendo a las proporciones de aquellas fechas. Como los ritmos de crecimiento indican que el conjunto de los habitantes del mundo se va a estabilizar alrededor de los 10 y 11 mil millones de personas, en torno a esa cifra es donde se volverá a las proporciones del siglo XVII.

Esto es lo que dicen los demógrafos, quienes no creen realmente posible que crezca más allá de esas cifras la población mundial. Recientemente lo sintetizaba así Salustiano del Campo en su trabajo *Estado actual de la población mundial* (Universidad Nacional Autónoma de México, 1996), al subrayar la evidencia de “que no solamente la mortalidad, sino también la natalidad, han descendido ya en el mundo en vías de desarro-

llo y que en los países desarrollados se ha entrado de lleno en la última etapa de la transición demográfica, caracterizada por bajas tasas de natalidad y de mortalidad. La dirección del proceso parece clara, aunque naturalmente alcanzar una población estacionaria ha de llevarnos tiempo... Desde el punto de vista sociológico se aprecia así, a escala mundial, el cumplimiento de la que Bogue llama teoría de la regulación demográfica (en sus *Principles of Demography*), que establece que cada sociedad tiende a equilibrar sus procesos vitales según lo consideren deseable sus normas colectivas, que por otra parte son flexibles y capaces de ajustarse a los cambios en la economía, y su relación con la población total". concluye el profesor del Campo: "Ni la actual tasa de crecimiento podría haber regido en el pasado durante un período extenso, ni lo va a hacer en el futuro... El crecimiento cero no es en sí mismo ni bueno ni malo; simplemente es inevitable... Las predicciones alarmistas son por lo general de muy difícil, por no decir imposible, cumplimiento". Añadamos que la División de Población, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales de la Secretaría de las Naciones Unidas trabaja ya con pirámides de población para el año 2050, que muestran un futuro mundial absolutamente estacionario en lo demográfico, tanto en las regiones más desarrolladas como en las menos desarrolladas.

Abordemos una pregunta que siempre obsesiona. En estos instantes, ¿hay alimentos para todos? ¿Y los habrá para esos 10 u 11 mil millones de habitantes? En estos momentos ni una sola persona informada que esté trabajando en este campo, quitando a una especie de semilocos que jamás han sabido nada de Economía, esto es, el conjunto de economistas serios, que es el único que nos debe preocupar, y los expertos en ciencias de la alimentación prestigiosos, que abundan en el mundo, como es el caso, sin ir más lejos, del profesor Grande Covián, deja de estar de acuerdo, desde ya hace mucho tiempo, sobre que la capacidad que tiene el mundo es más que suficiente para alimentar a 11 mil millones de habitantes. En estos momentos, gracias a la *revolución verde* emprendida por los gobiernos occidentales en los años sesenta, la producción agrícola consigue crecer con más celeridad que la pobla-

ción. Vemos que en 1995 el arroz con cáscara -el *paddy*- ha sobrepasado en volumen al trigo, al recogerse en el mundo 550 millones de toneladas. A causa de estos éxitos, ante la situación del año 2020, con unos 8'5 millones de habitantes, se ha planteado la necesidad de llevar adelante la que se llama por el Grupo Consultivo para la Investigación Agrícola Internacional (GCIAl) una *revolución doblemente verde*. Esta ha de tratar de mantener las ganancias de productividad de la *revolución verde*, que ha logrado éxitos muy notables, como acaba de señalarse, pero que ha provocado "costes medioambientales nuevos", a más que el monocultivo del trigo y del arroz, con un número restringido de variedades, ha provocado una pérdida de diversidad biológica, al desaparecer variedades cuya conservación podría haber ofrecido una seguridad mayor en la oferta de alimentos. Esta *revolución doblemente verde*, tal como se debatió del 13 al 17 de noviembre de 1996 en la Cumbre Mundial de la Alimentación, celebrada por la FAO en Roma, ha de superar estos problemas. Pero aun así, si no hay cuestiones que parezcan insuperables en este aspecto, ¿por qué existe hambre en muchas regiones del mundo? ¿A qué se debe que 800 millones de hambrientos, según la FAO, no puedan recibir solución a tan grave problema?

La causa se encuentra en la política económica, ya contemplada globalmente en el conjunto del planeta, ya a la concreta practicada en algunas regiones. Por ejemplo, los países más adelantados siguen generando, con una capacidad enorme, productos alimenticios gracias a mecanismos protectores, como es el caso de la Política Agraria Común de Europa, o la protegidísima política agraria norteamericana, que actúa en buena parte por medios no arancelarios. Los países del Tercer Mundo son expulsados así de los mercados más hondos, más capaces de provocar bienestar. Por eso el mensaje que debe lanzarse de manera continua debe ser: "Países del Norte: procuren ustedes atenuar el conjunto de sus producciones agrarias para que los países del Sur, o sea, los países menos desarrollados, sean capaces de ocupar sus puestos. No sean ustedes egoístas, para que buena parte del abastecimiento mundial de estos futuros 11 mil millones de personas venga generado en parte nada despreciable por esos países del Sur".

En resumidas cuentas; que la cuestión no es que haya o no alimentos, sino quién los va a suministrar, embridando la producción de los más ricos. No planteemos, pues, agobios donde no los hay. Acudan ustedes a las reuniones de la FAO, a lo que dicen grandes biólogos, grandes edafólogos, o a lo que opinan la mayoría de los economistas: ni uno solo de ellos considera que el abastecimiento de alimentos para 11 mil millones de personas sea un problema insoluble desde un aspecto mundial global. Como señalaba recientemente Pierre Castella, uno de los mayores expertos actuales en prospectiva y políticas agrícolas de los países en vías de desarrollo, lo que de nuevo es necesario “es una voluntad política para hacer participar del desarrollo económico a los agricultores pobres”. En los años sesenta la hubo. Ahora no es, ni mucho menos, imposible.

Otra cosa es la caída de la oferta de alimentos en ciertas zonas y ciertas situaciones del mundo. Tenemos en este sentido algún problema muy serio. Concretamente, el abastecimiento de alimentos en Africa cada vez está peor. Por supuesto, que alguna vez sobre esto se han dicho algunos disparates. Por ejemplo, recordemos lo que pontificó lord Boyd-Orr, que fue Director General de la FAO. Había hablado del hambre que, según estadísticas, decía iba a asolar inmediatamente a Africa. El fundamento serio de este cataclismo no existía. Boyd-Orr, sencillamente, no manejaba bien las cifras. Pensemos que las administraciones africanas, en primer lugar, poseen unas burocracias muy elementales y, por tanto, no saben cumplimentar bien los cuestionarios. En segundo lugar, en esas estadísticas, todo lo que no entra en el mercado no se refleja, y por lo tanto, las cifras que se dan de los alimentos en Africa son mucho más bajas que las de la realidad productiva. El excelente economista Bennett dijo duras verdades sobre los asertos de lord Boyd-Orr. Literalmente los destrozó. Aquella profecía del hambre terrible de Africa estaba montada en el aire, aunque, aparentemente, tenía un sólido respaldo empírico. Yo recuerdo que le ofrecimos a Boyd-Orr escribir en la *Revista de Economía Política*, de la que yo era miembro del Consejo de Redacción, para que contestara a Bennett. Nos respondió con una carta bastante desabrida, diciendo que él no tenía por qué

entrar en polémicas con este profesor norteamericano; que lo que él había dicho, dicho estaba. En el mundo científico, si alguien dice que uno está equivocado, lo prueba fehacientemente, y si el criticado no contesta, es que este último está equivocado.

Dejando este tema, la caída de la oferta de alimentos, sobre todo en África, pero no sólo en África, sino en ciertas partes de Iberoamérica y quizás pronto en China, se debe fundamentalmente a una conjunción total o parcial de cuatro hechos.

El primero de ellos es una pésima administración económica. Muchos de estos pueblos son países que han obtenido la independencia, pero no han sabido actuar como países independientes. Es imposible encontrar unos Estados más ineficaces que los africanos. Es algo inconcebible para nuestras experiencias habituales. Por eso sus errores en política económica son mayúsculos y una política económica muy mala tiene consecuencias terribles.

El segundo problema que tienen estos pueblos es la corrupción. No vayamos más allá del análisis que efectuaba hace no mucho tiempo la FAO del por qué del hambre endémica en ciertas zonas de Nigeria. Sucedió que las esposas de una serie de políticos nigerianos controlaban los mecanismos de los transportes terrestres, naturalmente para su beneficio. Lo conseguían gracias a altísimas subidas en las tarifas de ese transporte. De ellas se derivaban costes prohibitivos para la llegada de alimentos hacia bastantes zonas del interior.

En tercer lugar, la inestabilidad política que acarrea guerras en multitud de lugares. Las contiendas bélicas hacen estragos en muchísimas zonas africanas.

Finalmente, en muchas zonas del mundo, de Cuba a Tanzania, de China al Vietnam, se ha creído en las virtudes de una planificación económica muy estricta, que ha fracasado de manera estrepitosa. Los mercados se han desorganizado, con perjuicio notable para el nivel de consumo de las poblaciones respectivas. Como consecuencia de todo esto, es decir, de pé-

sima política económica, de corrupción, de conflictos sin fin y de tentaciones de planificación central, es imposible que no aparezca en regiones concretas ese jinete apocalíptico que es el hambre. Para complicarlo todo, en numerosas zonas africanas, bien por malos planteamientos de la política agraria, bien por cambios climáticos –no sabemos aún si coyunturales o permanentes–, ha aparecido la sequía. La solución de la mayor parte de estos agobios está en manos del hombre. Pero, probablemente exigiría algo así como una reducción al protectorado de muchas de las nuevas naciones independientes. Esto levanta murmullos entre los anticolonialistas, –ahora mismo han sido bien palpables en el debate del llamado Compromiso I del Plan de Acción de la mencionada Cumbre Mundial sobre la Alimentación–, pero, ¿es que esos gobernantes ineficaces, corruptos y sangrientos, deben ser más respetados, en virtud de mitos nacionalistas, que la vida de millares y millares de niños, de personas que no merecen, de ningún modo, ese atentado a su dignidad que es la presencia persistente, agobiadora del hambre?

Es difícil no decir que se está de acuerdo con lo que Písani, un viejo ministro de Agricultura francés, ha sintetizado hace no mucho en *Le Monde Diplomatique*, al plantearse también estos problemas: “A pesar de los obstáculos políticos es preciso encerrar en las disciplinas de un pacto coactivo planteado por los países occidentales a los países africanos, de manera que una vez negociado y concluido, los ate para siempre. Algunos aullarán diciendo que esto es recolonización. Yo aúllo contra la miseria, el hambre, las cargas que golpean a los niños mal alimentados y que producen la muerte”.

También tenemos situaciones de mal abastecimiento en alguna región de Norteamérica, nación en la que, por otra parte, se tiene un hiperconsumo de alimentos. Los motivos son también de política económica. En los Estados Unidos la distribución personal de la renta es bastante peor que la española –la relación entre los ingresos de los hogares de las decilas de niveles más altos de los mismos y los de las dos decilas con ingresos más bajos es, en España algo más de cuatro veces, y en Norteamérica de nueve veces–; en los Estados Unidos tiene

mucha menos importancia que en Europa el Estado del Bienestar; en los Estados Unidos, como expuso Myrdal en su ensayo famoso *An American Dilemma: The Negro problem and modern Democracy* (Harper, New York, 1944), la dualidad de la sociedad puede llegar a ser agobiadora.

Todo esto parece muy claro, pero siempre queda la duda del motivo de que parezca indestructible el mito de la superpoblación. En parte se mantiene porque muchos países occidentales, con una población envejecida, incluso en declive, temen que con la dinámica del capitalismo que ha llevado a la globalización de los mercados, al mismo tiempo que, por motivos tecnológicos, las distancias se achican, sean más fáciles los movimientos migratorios de las poblaciones de menor renta, y no digamos los de las hambrientas. Alarmados ante la posibilidad de fuertes inmigraciones, surge la idea de que, si cesa el crecimiento demográfico africano, iberoamericano y asiático, el agobio sobre la raza blanca disminuirá. Una buena propaganda anticonceptiva en estos pueblos puede ayudar. No busquemos mucho más. Si eso es legítimo, o no; si esto es incluso repugnante, no me corresponde a mí decirlo, aunque no parece que sea, en el mejor de los casos, más que un conjunto de actitudes hipócritas.

En el Tercer Mundo ha surgido también, para enmascarar problemas de sus propias políticas económicas, o porque no pueden soportar en el propio ámbito nacional la presión poblacional, coerciones que incluso provocan reacciones muy violentas, como las generadas en los años setenta por Indira Gandhi en la Unión India, o que llegan a planteamientos que bordean lo monstruoso en la República Popular China. El castigo al que no admite el control de la natalidad tiene mucho de repulsivo.

Pero no nos recreemos en situaciones límite. Como dice Amartya Sen, “existe poca duda de que el desarrollo económico y social, en general, esté asociado con grandes reducciones en las tasas de natalidad, así como con el auge, como norma, de familias más pequeñas”. El efecto Bertillon-Condorcet se muestra con claridad.

Como resumen, en el mundo, en su conjunto, en estos momentos, vemos que las tasas de crecimiento demográfico han caído desde el 2'2% anual de la década de los setenta, al 1'7% en el período que va de 1980 a 1992. Por eso el crecimiento actual más se debe al envejecimiento, a causa de la mejoría general de la esperanza de vida, que a la presión de la natalidad. Si se busca freno, antes habría que pensar, puestos a imaginar barbaridades, más en la eutanasia que en el aborto. Por supuesto, de paso, debe añadirse que este cambio demográfico plantea, en todas partes, retos muy serios a los sistemas de pensiones y de asistencia sanitaria, al plantearse problemas a veces prácticamente insolubles para su financiación.

Conviene, a la luz de todo esto, señalar que la causa de la caída de la renta por habitante, cuando se produce, nunca se debe por ahora, en los análisis que hemos hecho los economistas, a problemas de presión de población. Hasta estos momentos, esto no ha sucedido. Si se derrumba, por ejemplo, la renta por habitante de los países hispanoamericanos, es como consecuencia de una serie de desastros planteados, por ejemplo, a partir de las doctrinas del estructuralismo económico latinoamericano, que acabó por provocar la llamada crisis de la deuda externa. Es éste un caso claro de cómo se provoca una espantosa perturbación derivada de una pésima política económica. En ésta, y no en la dinámica demográfica, estaba la raíz que originó en toda Iberoamérica esa crisis terrible de renta por habitante, llamada "la década perdida". Baja la renta por habitante, si aumenta la población, pero también si se cometen desastros en política económica. Ahora mismo, cada mejicano va a vivir peor, mucho peor, en los próximos años, por los desastros, las corrupciones y las ineptias cometidos por Salinas de Gortari, no porque abunden los mejicanos.

Es la política económica, en estos momentos, lo decisivo. No logro encontrar nunca una base de crisis económica en la exclusiva presión de población, a no ser en alguna comunidad muy aislada y poco significativa. Al preparar esta intervención no he conseguido encontrarla y tampoco en ninguna de las autoridades que he consultado para documentarme.

En lo que se puede prever, los economistas consideran que es preciso abandonar los pronósticos más pesimistas que he mencionado. Veamos un reciente trabajo de Drucker, continuando las viejas y famosas investigaciones de Singer y de Prebisch del año 1949. El problema que acecha al mundo se derivará de que lo más probable es que la caída en el precio de los alimentos vaya a continuar. Esto es, que el agobio no procede de la escasez. Es la abundancia la que lo provoca, y esto, a aquellos países que generan alimentos, puede conducirles a situaciones muy comprometidas, porque van a encontrarse con problemas muy serios de comercio internacional para poder abastecerse adecuadamente de productos industriales. Esperemos que la Organización Mundial de Comercio ponga un poco de orden en esto, pero el que se cumpla o no, tampoco tiene nada que ver con la natalidad.

Quiero decir como final de esta síntesis, que estoy completamente de acuerdo con una frase famosa de Hegel, que debe quitarnos de la cabeza preocupaciones sobre lo que va a suceder con la carrera entre población y alimentos. Decía este gran filósofo: "cuando el hombre convoca a la técnica, la técnica siempre comparece". Y el hombre en este momento de su expansión demográfica ha convocado a la técnica, llámese *revolución verde*, llámese progreso de la electrónica, llámese avance portentoso de los transportes y comunicaciones, y su enlace con la mejoría de las cosechas, de los abastecimientos en suma.

Una última cuestión. Hasta este momento he hablado ante ustedes como economista, como alguien que está diciendo lo que en rimeros de ensayos, de artículos prestigiosos, sostienen pensadores serios. Lo que he sintetizado es lo que dicen los científicos, los técnicos, los políticos. Pero he aquí que todo esto no es diferente de lo que se lee en una reciente Encíclica, ni tampoco choca con los puntos de vista que el Vaticano ha sostenido en la Conferencia de El Cairo. Me atrevo a decir que en estas tomas de posición de los católicos quedan claras tres cosas:

En primer lugar, que la Iglesia no cree que puedan originarse situaciones de tensión especial en el mundo de la economía como consecuencia de problemas de población.

En segundo término, que los problemas y los planteamientos coactivos que proceden de la visión de Malthus son condenables.

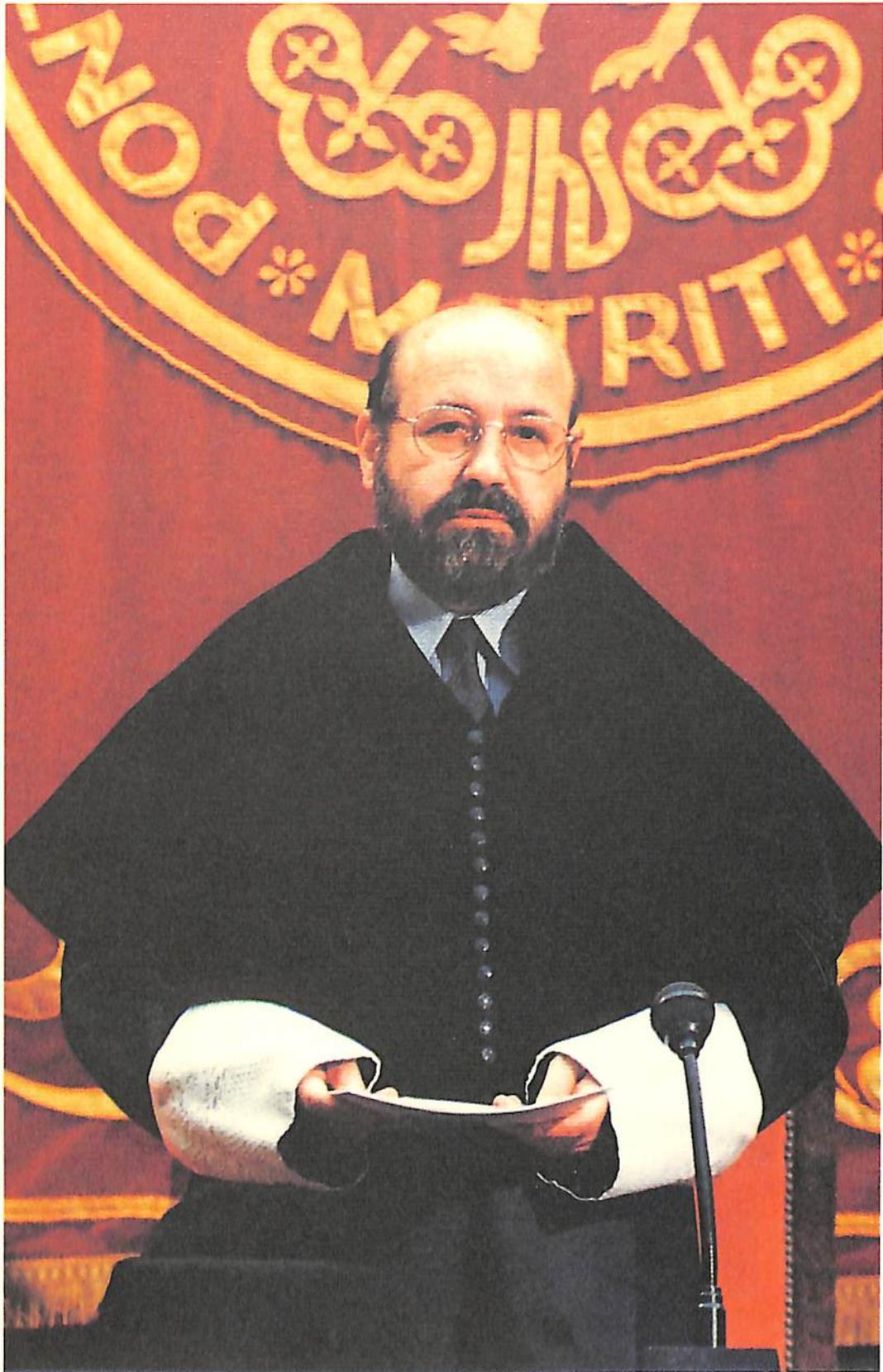
Finalmente, que ciertos mecanismos de ataque a la vida son nauseabundos, absolutamente reprobables.

¿Dice algún economista serio algo que chirríe frente a esta postura de la Iglesia? Los que alzan la voz en contra diariamente, proclaman cosas que, desde el punto de vista científico, son lisa y llanamente basura intelectual. Fíjense ustedes: el apoyo a mis asertos no fui a buscarlo en Santos Padres, sino en pensadores, ninguno de los cuales es especialmente piadoso. Incluso alguno experimenta muy serias reservas ante la Iglesia. Pero todos ellos eran personas solventes y amantes de la verdad.

Volvamos a un planteamiento nada teológico. Por supuesto que el mundo hormigueante que existe en muchas partes, para los que vivimos en el mundo occidental puede resultarnos, en más de un momento, molesto. Sin embargo, como leía recientemente en Ernst Jünger, efectivamente, esa abundancia y actividad del *homo faber* molesta al *homo ludens* que a todos nos apetece ser, pero, como dice este pensador germano “¿tendríamos sin el *homo faber* la alfombra mágica que nos lleva sobre tierras y mares? Hemos de cargar también con las sombras”. Cualquier otra reacción sería sencillamente de una frivolidad irritante.

PALABRAS DEL EXCMO. Y MAGNIFICO
SR. RECTOR
D. MANUEL GALLEGO DÍAZ





Excmos. Rectores Magníficos de las Universidades
“Internacional Menéndez Pelayo”, “San Pablo-CEU”
y “Antonio Nebrija”.
Dignísimas Autoridades.
Miembros de la Comunidad Universitaria.
Queridos Doctros García Escudero y Velarde Fuertes.
Señoras y Señores.



on la concesión de la máxima distinción académica recibimos y acogemos en nuestro Claustro Universitario a dos grandes personas e intelectuales, cuyos méritos académicos, científicos y humanos, ampliamente reconocidos ya con numerosas distinciones y premios, queremos también reconocer en la Universidad Pontificia Comillas. Tenerlos de compañeros en el Claustro va a constituir a partir de ahora para nosotros, aparte de un legítimo orgullo, un estímulo constante por lo que les agradecemos el honor que nos han dispensado con su aceptación para ser investidos Doctores “honoris causa” por esta Universidad.

Los méritos que concurren en ambos Doctores han sido ya ampliamente destacados por sus respectivos Padrinos. Pero me gustaría poner de manifiesto algunas coincidencias en la obra y en la vida de estos dos grandes intelectuales, coincidencias muy significativas para lo que ha de ser el quehacer del intelectual y del universitario en general y la misión de una Universidad de la Compañía de Jesús en particular.

Fieles al compromiso del intelectual con la sociedad, desde la reflexión y el pensamiento, nuestros nuevos Doctores han ejercido un influjo notable en el desarrollo, progreso y convivencia de nuestro país y han sabido llegar incluso al gran público. El Profesor Juan Velarde, prestigioso economista, galardonado con los Premios Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1992 y Rey Jaime I de Economía en 1995, con sus aportaciones a la historia del pensamiento económico español y al análisis de la economía española, ha contribuido decisivamente al desarrollo económico español. Pero además, a través de su labor periodística, ha sabido acercar los conceptos económicos al público en general.

Don José María García Escudero, que cuenta entre otros galardones con el Premio Nacional de Periodismo en 1948 y con el Premio Nacional de Historia "Menéndez Pelayo" en 1976, con sus estudios sobre el factor religioso en la vida política y social de la España contemporánea, ha favorecido la correcta valoración por la historiografía civil de la presencia eclesial en la historia española del último siglo, y ha contribuido, con su valiosa obra histórica y de divulgación, al espíritu de concordia y al enraizamiento de los valores cristianos en la sociedad española.

En ambos concurre también una integración de saberes, que tiene como núcleo al hombre. En el Profesor Velarde, su destacado sentido integrador de la vida se ha hecho posible desde su saber enciclopédico, su asombrosa capacidad para la interrelación y su interés por todo lo que ocurre al hombre. Don José María García Escudero, desde su condición de jurista, periodista y gran historiador, ha sabido también cultivar un saber interdisciplinar, donde el hombre ha sido el centro de sus reflexiones.

Este aspecto de la obra de nuestros dos nuevos Doctores tiene un significado muy particular para nuestra Universidad, pues su Gran Canciller, el P. Peter Hans Kolvenbach, S.J., viene insistiendo en que las Universidades de la Compañía de Jesús han de distinguirse por la exigencia de perspectivas interdisciplinarias que busquen decididamente, “con honestidad y rigor, el modo de armonizar la fragmentación y dispersión de los saberes con la unidad del hombre al que ellos se destinan. Esta armonía no puede menos de orientarse hacia el reconocimiento del hombre como principio integrador de los saberes y las ciencias que la Universidad cultiva y transmite” (Discurso pronunciado con motivo de su visita a ETEA de Córdoba, el 22 de febrero de 1994).

Nuestros nuevos Doctores representan también otros valores que queremos fomentar y vivir en la Universidad Pontificia Comillas, como son la libertad, la independencia, la tolerancia, el sentido crítico del Profesor Juan Velarde o el testimonio personal de presencia viva del pensamiento católico, abierto y moderado, en la vida pública española y el diálogo entre la fe y la cultura de Don José María García Escudero, que le han valido el primer Doctorado “honoris causa” concedido a un laico por la Facultad de Teología de nuestra Universidad, lo cual a su vez quiere ser expresión del reconocimiento al creciente papel que corresponde a los intelectuales laicos en la evangelización de la cultura de nuestro tiempo.

La concesión de la máxima distinción académica a los Doctores García Escudero y Velarde Fuertes quiere ser también un reconocimiento a su espíritu de entera y permanente disponibilidad para con nuestra Universidad, con la que han venido colaborando de muy diversas maneras desde hace muchos años.

A partir de ahora sus muchos méritos académicos, científicos y humanos, serán un compromiso, un estímulo y un punto de referencia obligado para nosotros en el cumplimiento de nuestra vocación universitaria. Con orgullo, pues, les felicitamos y les damos la bienvenida a nuestro Claustro de Doctores.

Doy las gracias a todos los miembros de nuestra Comunidad universitaria y de otras Universidades, especialmente a los Rectores de las Universidades “Internacional Menéndez Pelayo”, “San Pablo-CEU” y “Antonio Nebrija”, a las autoridades civiles y eclesiásticas y a todos los amigos y colaboradores de la Universidad que habéis querido compartir este acto académico para sumaros al testimonio de reconocimiento que la Universidad Pontificia Comillas hace a los nuevos Doctores.

Son muchos los que, a pesar de su intención e interés en estar presentes para acompañar a los nuevos Doctores, no han podido hacerlo por otros compromisos y obligaciones, pero se han adherido cordialmente al acto. Algunos de ellos me han pedido que haga llegar su felicitación a los nuevos Doctores.

